



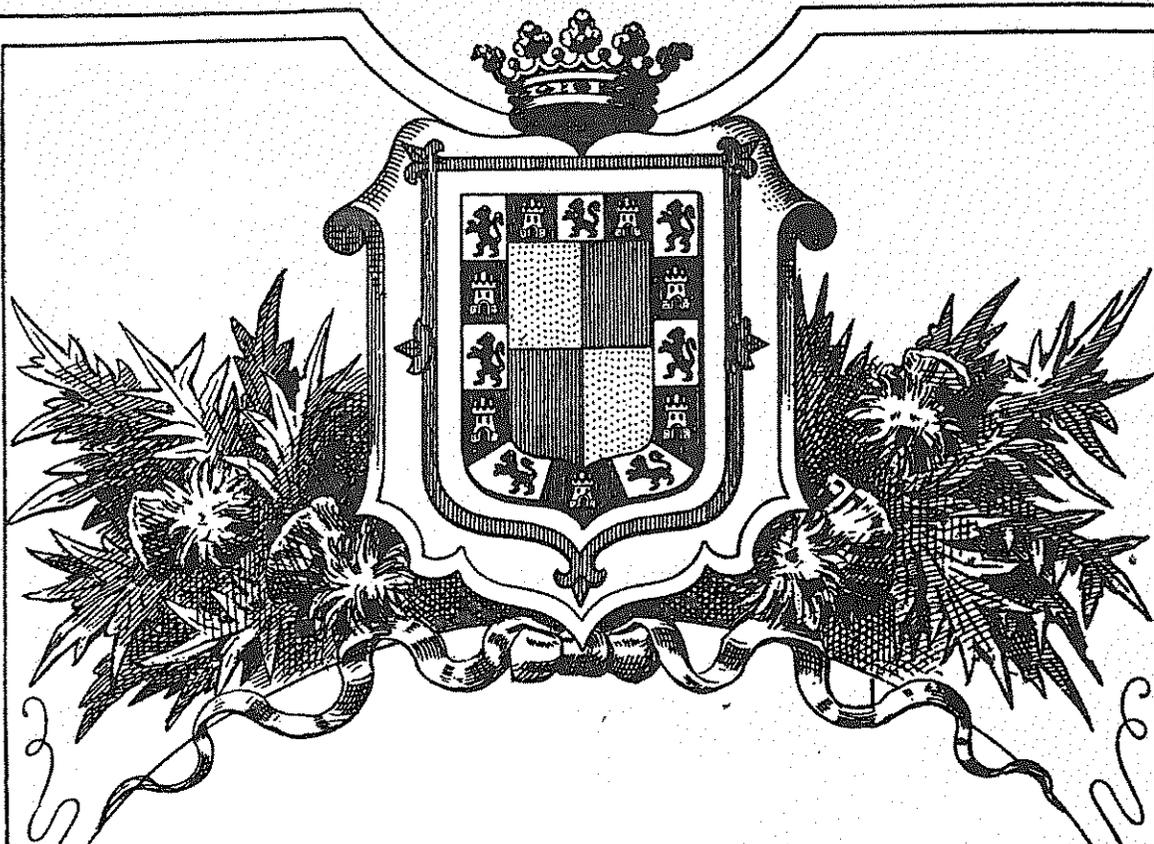
CRONICA DE LA
"CENA JOCOSA"
DE 1988



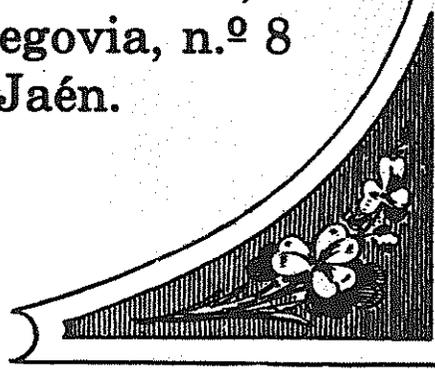
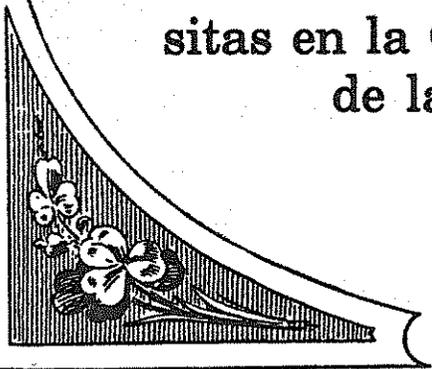
ORA ME P. DE LA
SAL. TUA INTERES.
DIGN. TUO. ET
SIC. SERVARE.



AMIGOS DE SAN ANTON
JAEN



Crónica de una muy famosa cena
que los “Amigos de San Antón”,
celebraron en la noche del
día 24 de noviembre de 1988,
en las casas principales de
D.^a Carmen Balguerías Jiménez,
sitas en la C/. Josefa Segovia, n.º 8
de la ciudad de Jaén.





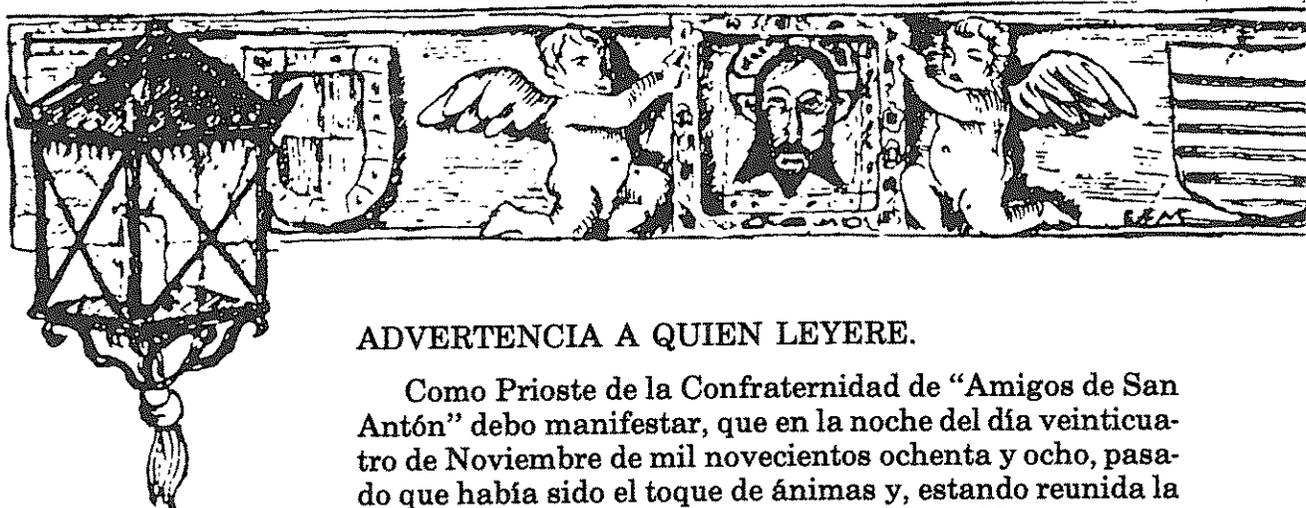
SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA.

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a once días del mes de octubre de mil novecientos ochenta y nueve, se concede al señor **DON FELIPE MOLINA VERDEJO**, Miembro de Honor de esta Confraternidad, **PRIVILEGIO Y LICENCIA**, para que pueda imprimir la presente **CRÓNICA**, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha licencia de impresión y privilegio por un año.



SUMA DE LA TASA.

Tasaron los señores de la Confraternidad esta **CRÓNICA** en..... reales por página, lo que hacen
..... reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de "Amigos de San Antón", el día del Señor San Lucas de este año de gracia de 1989.



ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE.

Como Prioste de la Confraternidad de "Amigos de San Antón" debo manifestar, que en la noche del día veinticuatro de Noviembre de mil novecientos ochenta y ocho, pasado que había sido el toque de ánimas y, estando reunida la dicha Confraternidad, así de miembros de Número como de Honor, en la estancia baja de las casas principales de Doña Carmen Balguerías Jiménez, sitas en la calle de Josefa Segovia, número ocho, de esta ciudad de Jaén, leí cierto papel cuyo tenor es el que sigue:

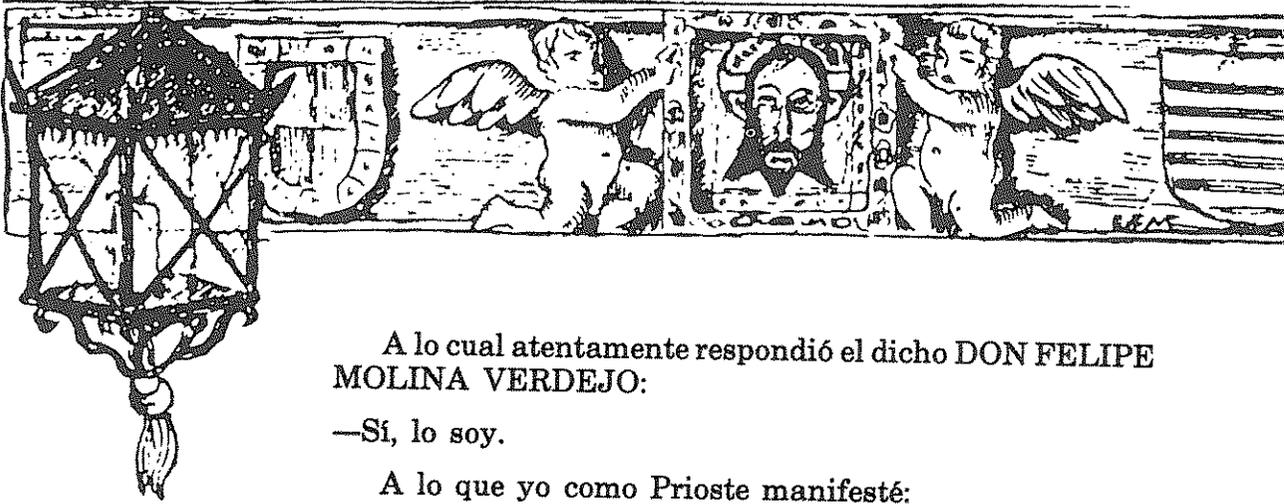
"Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, como la Asociación "Amigos de San Antón", estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir las cosas tocantes a la utilidad de esta Confraternidad, el día once del mes de octubre de 1989, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otros acuerdos adoptó el siguiente:

"Dadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, miembro de Honor de esta Asociación, DON FELIPE MOLINA VERDEJO, unánime se conviene en que le sea comunicado el deseo de que sea el Cronista o Relator, de las incidencias y pormenores del desarrollo de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1988, que ha de tener lugar el día 24 de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica, un fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, para su constancia a la posteridad".

Dado en Jaén a quince días del mes de Noviembre de 1988.

Una vez que fue leído el dicho papel, mandé comparecer al referido DON FELIPE MOLINA VERDEJO, al que hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

—Muy honorable señor DON FELIPE MOLINA VERDEJO ¿sois conforme en redactar fiel y cumplidamente CRÓNICA de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina de 1988?



A lo cual atentamente respondió el dicho DON FELIPE MOLINA VERDEJO:

—Sí, lo soy.

A lo que yo como Prioste manifesté:

—Complacidos agradecemos esta aceptación, y os encarecemos y exhortamos a que sin dilación ni demora alguna, comencéis en el encargo, entregandóos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó el tal DON FELIPE el recado del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA DE 1988

(Al fondo de izquierda a derecha y de arriba abajo).

Luis Armenteros Basterrechea, Antonio Martos García, José Casañas Llagostera, Juan Castellano de Dios, Manuel López Pérez, Miguel Calvo Morillo, Manuel Caballero Venzalá, Juan Miguel Jiménez Díaz, Diego Jerez Justicia, Antonio Casañas Llagostera y Luis Coronas Tejada.

(En pié en primera fila).

Luis Berges Roldán, Felipe Molina Verdejo, José Luis Buendía López, Pedro Jiménez Cavallé, Vicente Oya Rodríguez, Alfonso Sancho Sáez, Francisco Olivares Barragán, Francisco Cerezo Moreno, José Chamorro Lozano y Manuel Elías Carrasco.

(Sentados).

Fernando Lorite García, José María Pardo Crespo, Angel Viedma Guzman y Pedro Casañas Llagostera.

CRÓNICA DE LA CENA JOCOSA O DE SANTA CATALINA, CORRESPONDIENTE AL AÑO 1988

Primera parte

Sucesos, actos nacidos del concurso y voluntad de las personas, adquieren, a veces, tanta sustantividad que se convierten en hitos del mismo devenir humano. Se alzan con vida propia y señalan las dimensiones temporales de existencias, que se les subordinan con la adverbial nomenclatura del “antes de”, “después de”.

Cuando es transcendental la naturaleza de esos actos, determinan no sólo los cómputos del tiempo, sino también su contenido; también el modo como un pueblo, una raza o toda la humanidad los convierte en esencias vitales. La Historia los consagra y la especulación los hace doctrina.

Pero también en límites más reducidos, en ámbitos casi domésticos, hay sucesos que jalonan el fluir de los días; acontecimientos que se erigen en metas de muchas jornadas, porque son, por sí mismos, motor y acicate de andadura.

Puede ocurrir que tales acontecimientos carezcan de transcendencia, y aún que sean triviales en la apreciación de los que son extraños en ellos; pero la estima en que los tienen sus autores y el gozo que les proporcionan, les dan categoría de fastos y los hacen memorables; es decir; merecedores de perpetuo recuerdo, asegurado con fiel escritura.

Este discurso, sin duda enojoso, viene a cuento de que se me ha pedido, según queda atestiguado en lugar conveniente, que sea yo relator exacto de uno de esos acontecimientos: el de la Cena Jocosa o De Santa Catalina, que la Confraternidad de los Amigos de San Antón, organiza y celebra en Jaén cada año, desde hace ya once.

Y esas Cenas... No; esa CENA, pues cada una es episodio numerable de una sola entidad conceptual, de manera que se debe decir: la Cena... nuestra Cena tiene, bien lo sabemos, categoría de cota a la que más o menos conscientemente se encaminan durante los doce meses que la distancian, si no los pasos, si los anhelos de sus comensales.

Por eso antes de anotar para la flaca memoria las diferencias accidentales de este undécimo episodio, tales como los detalles del escenario, su ajuar, el “dramatis personae”, los parlamentos y las anécdotas

de la representación, séame permitido ahondar un poco más en el análisis de un acto, aunque repetido, único por la fidelidad que guarda a su ritual, a su espíritu, a su causa final.

Plumas eruditas, muy celosas en dar noticia fiel de orígenes y autorías, dejaron escritas las de esta Cena. Sólo debo, entonces, resaltar una nota específica. Fue el acendrado amor a cuanto es símbolo de nuestra cultura por ser también consustancial con nuestra tradición, el chispazo que encendió este fuego.

Y luego se mantuvo y se avivó con el aliento común de quienes lo expelen como tributo natural a una idea dominante: la de la amistad.

Era necesario destacar estas notas para entender bien lo que afirmo a continuación:

La Cena Jocosa es una sublimación de la realidad jiennense.

La Cena Jocosa es un crisol de amigos totales.

Los que acudimos a ella, no sólo “residimos” en Jaén (algunos vienen de lejos), sino que también Jaén “reside” en nosotros. Cada uno, a su manera, ha hecho un Jaén vivido de su Jaén habitado. Vivido —o revivido— en su historia, en sus reliquias, en sus monumentos, en sus personajes, en sus usos, en su cocina... que todo eso ha ido configurando, intelectual y afectivamente, la personalidad de cada uno.

De ahí que al confluir (nuestras vidas son los ríos) en el escogido remanso que es siempre el lugar de la cena, siempre salvado reducto en el que se han ido acumulando —objetos y memorias— las pasadas aguas, se produce el encuentro, el contacto y el contraste de los dos “Jaenes”: el perceptible sensorialmente, mudable por lo accidental, y el que se ha convertido en nómeno de nuestro pensamiento. Alma y cuerpo de una realidad que en la Cena son exaltación de palabra y regusto de bocado.

Recurría antes al símil del fuego para significar la génesis de este suceso analizado, y llamaba a la Cena crisol de amigos.

En ella se funden —aunque no se confunden— talentos diversos.

Cuando llega la hora del día señalado —y anhelado— los que tenemos la suerte de recibir la jocosa invitación (mejor jubilosa), acudimos a la cita, cada uno con su bagaje de ideas, que pueden ser teorías; de sazones y de desazonas; de sentimientos y de resentimientos que se han ido acumulando a lo largo de los días y que modelan distintos estados de ánimo. Pero en traspasando los umbrales del notable lugar elegido, todas esas “circunstancias” de cada “yo” personal se diluyen, como las especies, en el caldo fervoroso (fervor es hervor) de la amigabilidad que satura el ambiente.

En esta Cena que relato y en todas a las que he asistido, lo he podido comprobar: la satisfacción del encuentro predomina sobre todas las posibles satisfacciones.

Algunos de nosotros hemos pasado meses sin vernos; algunos apenas intercambian más palabras que las debidas al cortés saludo; pero en los semblantes de todos resplandece la alegría se sentirnos en comunidad de avenencias, que el muto respeto y la sincera estimación hacen duradera frente a los disolventes de tiempo y distancia.

Cuando la enfermedad o el deber ineludible, el duelo o el definitivo viaje nos privan de una presencia, se hace imprescindible llenar el hueco con la sentida evocación del ausente que queremos entre nosotros o en logros de mejoría, o en perdurable memoria.

Estoy seguro de que estos “pensares” y “sentires” son comunes a todos nosotros y que cada año se despiertan y avivan en cada uno a la recepción de la singular misiva.

Aquí quiero reproducir la de hogafío, con absoluta fidelidad a su grafía, que ya es primer deleite sensible, y en completo texto, que no es menor el gozo que se sigue del donaire de su estilo. Esta fue:

Corridas que son ya las Aguadas Fiestas del Señor San Luras, encomiéndame mi señor Don Lope, haga respetuoso recordamiento de que anda ya cercana la celebración de la Cena Jocososa o Cena de Santa Catalina de 1.988.

Expreso a V. M. respetuoso saludo en su nombre, el que en verdad de razón he de decirle, que se encuentra a la presente asaz entristecido, por la tan notable como irremediable y sentida ausencia, del buen Amigo de San Antón que fuera el honorable caballero jaénés Don Rafael Ortega y Sagrista.

Díjome con serena pero emocionada expresión, que aunque son circunstancias éstas de un natural acontecer y, en su consecuencia el devenir de las cosas debe seguir su curso, no por ello deben ser olvidadas, antes bien, se les debe hacer emotiva y querida recordación, y más en este caso, por haber sido persona de tan grandes valimientos y que tan notables contribuciones aportó a la cultura de Jaén.

De igual manera expresóme, que una vez más se ponen de manifiesto la galanura de estilo y el sentido generoso de cordial y franca hospitalidad de una dama jiennense: Doña Carmen Balguerías Jiménez, al poner a disposición de la Confraternidad de Amigos de San Antón sus casas principales, para que en ellas tenga lugar esta tan memorable Cena.

Cúmpleme en su consecuencia recordar a V. M., que tras el toque de ánimas del día que ha de contar veinticuatro del mes de noviembre que vendrá, queda convocado a la Cena Jocososa o Cena de Santa Catalina de 1.988, encareciéndole lo haga con tan diligente disposición como tan puntual asistencia.

Comunicolo en Jaén a veinte días del mes de octubre del año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil novecientos y ochenta y ocho.

El Criado Portugués

Desde el mismo instante en que abrí el simulado pergamino, caí en una como ensoñación que me llevaba desde el recuerdo de los anteriores episodios a la imaginación de lo que podría ser el inminente.

Y ahora, cuando me esfuerzo en recobrar las imágenes de lo vivido, me asalta el temor de mezclarlas con lo de lo soñado; pero la buena memoria y el sereno juicio de mis confraternos atinarán a separar de mi relato las inexactitudes de la invención que se adhieran al dibujo de la realidad.

Como en anteriores ocasiones, acordé con MIGUEL CALVO que lo recogería, porque el hecho venturoso de vivir ambos en la misma desventurada avenida, favorece este grato acuerdo.

Me estaba esperando en la puerta de su casa. Desde lejos avisté su silueta inconfundible envuelta esa noche en el generoso gabán azul que sólo le he visto usar en solemnidades.

Cuando se acomodó a mi lado en el "utilitario", su rostro se ensanchó aún más con la absoluta sonrisa que le caracteriza.

La sonrisa de Miguel es como el resplandor que delata el orto de un astro: le "sube" incontenible de la honda orilla de su afabilidad. Es una sonrisa sin marañas de doblez o de disimulo.

A mí, el rostro de Miguel, coronado con el rizado pelo, me sugiere el de un romántico de los tiempos de Larra. Sin duda es influencia de la consideración de poeta en que primordialmente lo tengo; aunque bien sé que ni su obra poética ni su talante tienen ápice de hurañía.

Al contrario: aún ahora, cuando una incipiente sordera podría hacerle adoptar actitudes misantrópicas, su capacidad de comunicación sigue siendo extraordinaria.

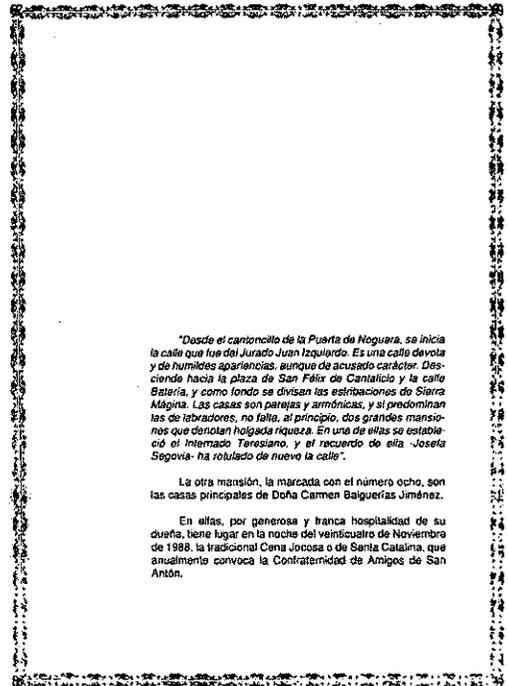
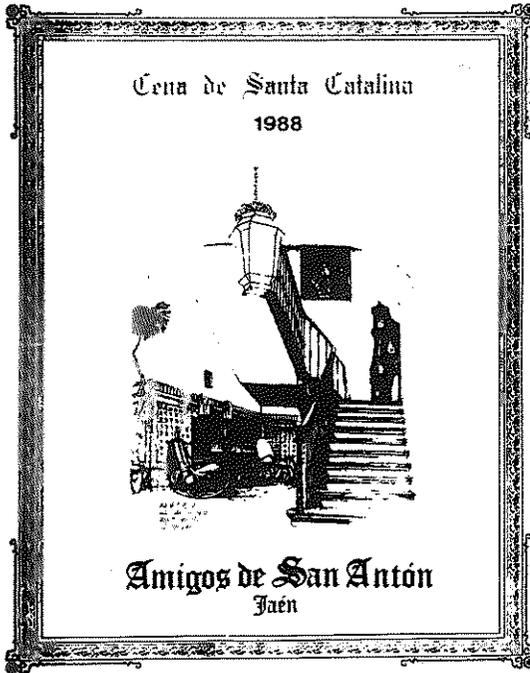
Y si decimos que también su "receptividad", no tomamos el término, oh galenos, en el sentido patológico que entre vosotros tiene. El único morbo que ataca a Miguel Calvo es el de "poetizar" todos los elementos de su entorno, incorporándolos a su riquísima vida interior.

—¿Tú sabes ir al lugar de la Cena?—me preguntó.

—Hace tiempo que no frecuento aquellos barrios, y mucho más tiempo que no visito aquella casa que conocí de niño, cuando aún la habitaba el inolvidable Don Eduardo Balguerías, y yo jugaba con sus hijos, también niños, si conseguía librarme de la atracción, casi novelesca, que sobre mí ejercían los grandes bigotes de aquel hombre notable. O quizá no eran sus bigotes los que me sugestionaban, sino la agudeza de su mirada atravesando inquisitiva, aunque amable, el cristal de sus lentes... Pero ya daremos con el sitio, Miguel, —lo tranquilicé.

Y después de algunos titubeos, hallamos calle y casa.

La puerta estaba entreabierta en deferente invitación de acceso para los que íbamos a gozar de la generosa hospitalidad de Doña Carmen Balguerías, que es hoy su dueña.



"Desde el cantoncillo de la Puerta de Hogueara, se inicia la calle que fue del Jurado Juan Izquierdo. Es una calle devota y de humildes apariencias, aunque de acusado carácter. Desciende hacia la plaza de San Félix de Cantalejo y la calle Batería. Las casas son parejas y armónicas, y si predominan las de labradores, no falta, al principio, dos grandes mansiones que donó el Duque de Híjar. En una de ellas se estableció el Internado Teresiano, y el recuerdo de ella -Josefa Segovia- ha rotulado de nuevo la calle".

La otra mansión, la marcada con el número ocho, son las casas principales de Doña Carmen Baquerías Jiménez.

En ellas, por generosa y franca hospitalidad de su dueña, tiene lugar en la noche del veinticuatro de Noviembre de 1988, la tradicional Cena Jocosa o de Santa Catalina, que anualmente convoca la Confraternidad de Amigos de San Antón.



CONVITE DE ENTRADA

Aceitunas de Cornezuelo.
Patatas fritas, de Oya.
Almendras saladas.
Garbanzos tostados.
Queso Añejo.
Jamón Serrano, de Frías.
Morcilla del Campiño.
Chorizo de La Inula.
Croquetas caseras.
Bebidas:
Cerveza "El Alcarar".
Vinos tintos.

CENA

Sopa de Cocido.
Tortilla de verduras.
(A elegir: de Habas, Espinacas o Espárragos).
Ternera asada en salsa, y patatas a lo pobre.
Postre:
Peras Membrilleras de la Pareda de Reguchillo.
Vinos:
Tinto de Toupeperogl.
Blanco, de Bailón.

SOBREMESA

Rosquitos de almendra.
Pastitos caseros.
Bastones, de Las Descalzas.
Café, de la X-4 de Moreno Vico.
Rosel.
Anís "Castillo de Jaén".

Pan casero, del Molino "El Vereón", de Valdepeñas de Jaén



RIPIOS AL HOSTELERO

Digo que...
En Jaén, que es donde resido,
unas gentes de buen talento,
saben que tienen el instante
la mesa y el mansel servicio.

Porque...
Antonio Molina, de La Penderosa,
gran hostelero de Jaén, en agosto,
nunca se ha sentido tan agusto
como preparando una Cena Jocosa.

Para ello...
Manda a José Sánchez, su primero,
que esté todo a punto en la escena,
desde los "trios" que quitan penas
hasta el sabroso caldo de puchero.

Y...
¡Qué suculentos son estos convites!
generosas sopas, buenos "enebolitos"
asados, pepitorias, pavos "lufinos",
y de ramito ¡qué ricos los cereales!

Por lo cual...
Muy satisfecha queda la mesrada,
con tan excelentes menesteras,
más... hay que levantar mandos
que en las mesas ya no queda nada!

Pues...
Como todo ha sido digno de encomio
y a satisfacción de los ingulinos,
contemos todos a una repetimos:
¡Muchas gracias, Don Antonio!

Atravesando el zaguán oscuro, franqueda la puerta encristalada, de doble hoja, nos adentramos en el hermoso patio que, al primer golpe de vista, se descubría ya dispuesto para ser nuestro cenáculo.

A la mullida luz que de la vidriera de su cubierta se derramaba, (los focos eran como pájaros incendiados en colgadas jaulas hialinas) cinco mesas —albo mantel sobre anaranjado paño— circundaban la alicatada gracia de la fuentecita central, sobre la que se erguía, a modo de improvisado tiesto, orza opulenta, surtidor de chorros vegetales.

Desde la penumbra de los rincones, otras verdes llamaradas de diversas formas, se adelantaban con temblorosos ademanes de bienvenida.

Adosados al bello zócalo de azulejos, bargueños y entredoses de noble factura, decían del buen gusto y conservador respeto de la señora de la mansión.

Allí estaba ella, castellana cuidadosa de los mínimos detalles, repar-tiendo discretas sonrisas de saludo, mientras cruzaba, ágil, el patio. Al pasar bajo los halos de los faroles, sus cabellos se encandescían, compitiendo con los dorados fuegos de las cornucopias que pendían de las blancas paredes.

El esmero femenino se notaba en la armoniosa disposición de todo el conjunto.

La presencia de la distinguida dama añadía una novedad a este episodio de la Cena, pues tengo entendido que en ninguno anterior gozaron los sanantonianos de tan grata compañía, ni siquiera breve, como la de esta ocasión.

Pero ello no es motivo para tacharlos de misóginos, que razones de otra índole imponen la privación de ese deleite.

Imaginar, a lo largo de aquella noche, que los dos gigantescos jarrones, situados a ambos lados de una de las puertas que se abrían al patio, eran, por la morbidez de sus formas, por la gracia de sus asas, levantadas como brazos, danzarinas estáticas de un ballet detenido; imaginarlo sin traspasar los límites de lo decoroso, fue, quizá, placentero entretenimiento de más de uno.

Son estos jarrones piezas muy estimadas por nuestra acogedora dama, porque la pintura que los decora, es testimonio de la habilidad y gusto de queridos familiares.

Ni Miguel ni yo fuimos los primeros en llegar. Como siempre, con saldo de laboriosas horas a su favor, se habían adelantado los que con tanto amor y desinterés, han echado sobre sus hombros el peso de organizarlo todo, de proveer a todo.

Allí estaba, sonriente centinela de paquetes, JUAN MIGUEL JIMÉ-NEZ. Esa noche, más que nunca, resplandecía su semblante de patricio romano. cuando extraía del envoltorio un ejemplar de la Crónica de la

Décima Cena, y te lo ofrecía, su ademán tenía mucho de rito venerable que no menguaba la cordialidad de su saludo. Si Juan Miguel hubiera vivido en los tiempos del Imperio, habría manumitido a todos sus esclavos en una noche como ésta.

Ni los efusivos apretones de manos de LUIS ARMENTEROS, que allí también estaba, eran cosa distinta de licencia otorgada a su habitual compostura, en razón del mucho contento que al vernos a todos sentía.

Este Luis, tal vez por sus costumbres cinegéticas, es sosegado observador de cuanto cruza por su punto de mira y certero, casi siempre, en el disparo de su un tanto socarrona escopeta.

Imposible “silenciar” la presencia de JUAN CASTELLANO, que su vibrante voz, el sonoro torrente de su risa lo señalaba por doquiera iba en su continuo deambular de grupo a grupo, necesitado, como estaba, de comunicar la emoción que lo estremecía, por más que él, como suele, la disimulara con jocosos comentarios.

La facilidad de acercamiento a los demás de Juan Castellano es consecuencia de su carácter abierto, más no supone que esté vacío, de posiciones y criterios propios. Los tiene, y muy arraigados. Y los manifiesta sin tapujos. Y los defiende con exaltación. Y entonces se le dilata —aún más— el rostro. Y parece intransigente. Pero su natural bonancible le amaina pronto la tormenta. Y no le regatea abrazo conciliador al que considera “*dimidium animae ejus*” (¡Ay, que ya me afloró el latínajo!).

Pero quien más estaba allí, pues grados hay en la intensidad de un estar, era nuestro Prioste, PEDRO CASAÑAS.

Ninguna otra presencia supone tanta “totalidad” como la suya. Sus potencias y sentidos hipotecados en la ejecución de los últimos detalles, me pareció que todo él se derramaba en objetos y lugares, dejándonos ayunos de su personal acogida. La relativa seriedad de su rostro, tan hecho a sonreír que no la alcanza plena, delataba su íntima preocupación por el feliz desarrollo del suceso.

Sólo a los que se sienten responsables del bienestar de otros, les preocupa el éxito o el fracaso de sus acciones. Y Pedro es una de esas personas.

Aquello que dijo Gracián: “el varón de todos ratos es señor de todos los gustos y es buscado de todos los discretos”, pareceme dicho para él. ¡Qué bien acomoda su temperamento sanguíneo a la calidad de cada rato! Reprime su brío cuando importa más el sosiego, y aviva su diligencia cuando lo que está por hacer lo requiere. Se alegra con la común alegría, y se le agrava el rostro al ministrar en solemnidades.

Pusiéralo yo aquella noche —simbólicamente se entiende— estatua animada de Comendador, sobre el susurrante pedestal de la fuentecita

para significarlo eje indiscutible de esas “ruedas” y de toda la esferal Confraternidad de los Amigos, que gustosamente giramos por su ejecutoria.

Mas dejámoslo moverse libre por todas las estancias, que había de atender al orden y concierto de todo. En las manos le veía ya la argentada campanilla con la que aderezará luego el gustoso comer de cada plato.

Llegando iban otros comensales. Repetíanse los afectuosos saludos. Empezábamos a notar las ausencias. Inquiríamos los motivos. ¿Qué de JULIO PUGA? ¿Qué de ALFONSO PARRAS? Reciente duelo familiar nos privaba de la grata compañía del primero, siempre cortés. Convalecencia de ya remediada enfermedad nos hurtaba la no menos grata del segundo, siempre espontáneo.

El motivo de otra muy sentida ausencia, la del llorado RAFAEL ORTEGA SAGRISTA, no había que preguntarlo, pues pesaba en los ánimos de todos, entristeciéndolos.

Sin embargo, nadie, quizá, más “presente” que él, aquella noche, entre nosotros. A su imborrable recuerdo, estarían dedicadas las intervenciones de algunos, como más adelante se leerá.

Una “recuperada” asistencia venía a levantarnos los ánimos. MANUEL ELIAS, rescatado, al fin, de su propio temor, o tal vez absuelto de su justificada prudencia, se movía mesurado de rincón a rincón, cámara fotográfica, o de “video” como ahora se usan —omasos son de los rumiantes ojos— sostenida firme en ambas manos para aprisionar imágenes que saborear luego en la soledad hogareña.

¿Sabe Manuel Elías que es para todos nosotros personificación de la más limpia amistad? Como raramente interviene —su quebrada frase le estorba oratorias que su sonrisa bundadosa suple— puede creerse en su humildad franciscana mera figura, pieza de relleno. ¡Y cómo se echa de menos cuando no acude!

El no acudir a la llamada del “Criado portugués” debe de ser muy penosa contrariedad para aquel al que razones poderosas se lo impiden.

Así le ocurrirá a FERMIN PALMA, con el que nunca me encontré en las cuatro anteriores cenas de las que he sido ya honrado comensal. Tampoco en ésta que relato estuvo.

Muy poderosas razones se lo han de impedir, pues ni siquiera el quebrando físico es suficiente para retener a otros.

Sorprendidos, momentáneamente alarmados, vimos llegar en el último instante de la cortés espera, a JOSÉ MARIA PARDO CRESPO, sobarcando ligeras muletas con las que estribaba la arquitectónica apariencia de su pie izquierdo escayola.

¿Quería, viniendo de tal guisa, confirmarnos en la imagen que de él tenemos forjada? La de que es el “enfant” —no terrible— de la reunión.

Bastábale para ello la jovialidad de su talante, ameno encubrimiento de la interna madurez.

A accidente, aunque deportivo, debíase sin duda aquel quebranto; pero allí estaba, "a pié de obra", digámoslo con expresión muy de su profesional quehacer.

También estaba su ilustre colega, LUIS BERGES. Que yo sepa, Luis no ha falta a ninguna Cena. No habla mucho y, a primera vista, parece como "ausente"; parece introvertido y discreto observador que se reserva el juicio, favorable o adverso, de cuanto ocurre en torno suyo.

Sin embargo, a lo largo de la noche, las cambiantes expresiones de su rostro lo descubren partícipe afectivo de lo que se dice y de lo que sucede. A veces, frunce la boca en una mueca que, quizá a algunos, puede parecer de engreimiento, pero que yo la veo más bien como mecanismo encubridor de su natural timidez.

Cuando sonrío, se le repliega la piel en torno de los ojos y la mirada se le derrama mansamente, impregnada de una íntima y serena alegría.

Aquella noche, como en otras ocasiones lo he visto, andaba atento a que no bajaran los grados del suave clima de que disfrutábamos, comisión que el familiar trato con Doña Carmen le otorgaba.

En pós de ambos y de nuestro Prioste, nos adentramos todos en sala interior, espaciosa y con abundante acomodo de mullidos asientos.

Una mesa de alargada hechura promediaba entre la pared de la puerta y los encortinados ventanales de la de enfrente. Artística araña derramaba suave luz sobre el blanco mantel que cubría la mesa, y en los ángulos de la sala, lámparas y quinqués de graciosas tulipas aclaraban penumbras de alejadas aristas.

Sobre los manteles, intactas botellas y virginales copas, erguidas entre rodela de abastecidos platos, eran avanzadilla de la alible hueste, que a combate —¿o convite?— de entrada nos retaba.

Pero aún no era el momento de iniciar la pelea, que antes se había de rendir homenaje a nuestra hospitalaria dama. Aprestado a ello estaba ya Pedro, y sin más ceremonia que entrañable abrazo ni más discurso que el sincero agradecimiento, puso en manos de Carmen Balguerías una hermosa placa de plata en la que la pericia artesana de los señores Angulo, de Lucena, había representado la parte central del retablo del Descenso, que hay en la iglesia de San Ildefonso.

A los ojos de Carmen, se asomaron, licuados, prismas brillantes de la araña que nos alumbraba. Y urgida por la emoción y por el deseo de no estorbar a nuestra libertad, nos dejó con el desconsuelo de su ausencia.

Empujados no por las hambres sino por la prisa en hacer los debidos honores a aquellos adelantados que nos esperaban, arribamos algunos a la godible costa de la mesa. Mas quiso mi mala estrella que la voz de nuestro cómitre me obligara a cambiar el rumbo.



Carmen Balguerías Jiménez, muestra sonriente el obsequio de la Asociación: una reproducción en plata del Retablo del Descenso de la Virgen de la Capilla.

Volví hacia su nave el viejo mascarón de la mía, y le oí el desacierto de su mandato: que apuntara yo en el cuaderno de bitácora que puso en mis manos todos los pormenores de aquella nocturna travesía...

En las primeras hojas de éste, recogido queda el texto de la orden, y aquí añadido que al acatarla, rendí tributo a la generosa amistad que así fiaba de mi torpeza.

Satisfecho con mi disciplina, prosiguió él su parlamento en estos términos:

“Una vez que ha sido designado el Cronista o Relator de esta Cena de Santa Catalina de 1988, es bueno y es hora de que nos adentremos en los prolegómenos de la misma.

Naturalmente que es justo y necesario que las primeras palabras que esta noche se digan, vayan dedicadas a los ausentes, que por unas y otras circunstancias, este año no concurren, especialmente a ese gran ausente que es Rafael Ortega y Sagrista.

Gran pesar sentimos todos por esta desaparición tan relevante y notoria. No soy el más indicado para hablar de ello, y en el transcurso de la velada habrá quien lo haga.

Lo único que quiero resaltar al respecto, es que esta Cena de 1988 no debe ser una Cena triste, una Cena llena de melancolías. Entiendo que, no solamente debe discurrir por sus cauces habituales, sino que debemos esmerarnos en que sea más desenvuelta, más amena si queréis, porque este era el talante de Rafael en estos aconteceres. Todos estamos seguros que él, desde esa Cena Eterna que hoy goza, sonreirá y se alegrará de que así sea.

Para los demás ausentes que no pueden esta noche compartir con nosotros mesa y mantel, nuestro mejor recuerdo. Un recuerdo cariñoso y fraterno para Pablo Castillo, Fermín Palma, Alfonso Parras y Julio Puga.

Y para Manuel Elías Carrasco, que después de algunas ausencias debidas a sus dolencias, hoy se reintegra con nosotros, nuestra más cordial y cariñosa bienvenida”.

Confortados con estas palabras de Pedro, atendimos todos a dar cumplida respuesta al reto que nos hacían, desde platos y botellas, los más preclaros heraldos de nuestra fauna, de nuestra flora y de nuestra industria.

Mírese su identidad y procedencia en la exacta minuta que en otro lugar se ha puesto. En éste he de dejar espacio para relatar pormenores que importan más al gozo de la memoria que al contento del paladar.

Fue el primero de ellos la pública declaración que se hizo del mérito alcanzado por nuestro confraternal DIEGO JEREZ, al que se le designaba Miembro de Honor (ya lo era de número) de nuestra singular Cofradía.

Cuando Juan Castellano le entregó el artístico diploma en que se acreditaba el nombramiento, el aparente cubrecaras de la "torre jerezana" se desmoronó.

El alto Diego, bastión de guarnecida acrópolis, se refugia, a veces, en engañoso distanciamiento, estrategia precisa en el ejercicio de profesión como la suya, en la que tan expuesto queda el necesario equilibrio personal a los acosos del dolor ajeno.

Paréntesis hubo luego de libaciones y coloquios; trasiego de interlocutores de corrillo a corrillo, por saborear el distinto ingenio de las conversaciones tanto como el variado aderezo de los entremeses.

Ocasión tuve entonces de solazarme con el gracejo de ANTONIO MARTOS, que habiendo visto mi copa en estiaje, se me acercó solícito a remediarlo.

Antonio tiene el carisma de ganar amigos. La natural simpatía de su rostro, la educada amabilidad de su trato, el humilde alejamiento de personales ufanías inspiran absoluta confianza. También él se fía de todos y más de un quebranto habrá tenido por ello.

Sabio administrador de tiempo y obra,
hizo Pedro sonar la campanilla,
y el murmullo cesó y el movimiento.
(No te alarmes, lector, no versifico).

Es que se me acompasó la pluma cuando le hice escribir que en este momento del relato, tuvo lugar la recepción de nuevo Miembro de Honor: PEDRO JIMÉNEZ CAVALLÉ, del cual se hace reseña biográfica al final de este libro.

Ingresaba con él en nuestra Cena comensal de saberes musicales...

No sé si el general aplauso que coreó la entrega del enmarcado pergamino, credencial de su ingreso, podría Pedro Jiménez llevarlo a pentagrama. A donde sí lo llevó, sin duda, fue a las tensadas cuerdas de su extraordinaria sensibilidad y los ecos de su vibración le subieron a la cara.

A discreta señal de nuestro Prioste, se incorporó del encojinado butacón en que derramaba su generosa anatomía, nuestro amabilísimo ANGEL VIEDMA.

Adelantóse un trecho, afianzó con dos dedos el puente de sus gafas sobre la nariz, alegró con simpática sonrisa el barbado arrabal de la boca, y con grave voz, que a este imaginativo cronista le recuerda la de un antiguo profesor de Matemáticas, también barbudo, nos leyó las cuartillas que había escrito para la presentación de nuestro nuevo confraternal.

Alterando aquí la pauta seguida en anteriores crónicas —díscolo discolo discípulo que soy de mis preclaros maestros— no se pone ahora el texto íntegro de lo dicho por Angel Viedma. En un segundo cuerpo de esta Crónica, figurará precediendo a los de otras intervenciones, y de este modo podrá el lector acceder a todas ellas, sin tener que sufrir dilaciones de búsqueda, ni cansancio de travesía.

Sigo diciendo, entonces, que nuevos aplausos y plácemes rompieron el silencio de la atenta escucha.

Aliviaron unos la enjutez de sus copas, prosiguieron otros el interrumpido diálogo, y algunos reanudaron su verticidad cinematográfica, avaros de luces y de enfoques.

Estaba entre éstos un castellano que, de tan leal, ha tiempo se dio todo él —menos su acento— a la gozosa cautividad de la gentil sultana, favorita del amor. Sí, como adivinas, aludo a ALFONSO SANCHO, que toda la velada anduvo de aquí a allá, recolector de gestos y palabras con su cámara, sembrador de donaires e ironías con sus dichos. De este emérito magister, todos hemos sido alumnos, si no en aulas, sí en la ejemplaridad de su laborioso empeño. ¡Lástima que, embebido en la novedad de aquella recolección, nos privara esa noche de bien condimentado guiso que pudiéramos conservar tipografiado!

Cuando Pedro dijo a Pedro:
“hermano, esa boca es tuya”.

usóla el JIMÉNEZ CAVALLÉ no sólo para leernos lo que tenía bellamente escrito, como en su lugar veréis, sino también, —¡insólito suceso!— para cantar.

Con voz algo quebrada por la emoción, nos dio a conocer la antiquísima melodía de una cantiga del Rey Sabio, según la partitura que recientemente había hallado.

Quizá fue la intensidad evocadora de aquella melodía la que levantó mis ojos hasta el antiguo cuadro que ocupaba un trecho de pared entre dos imágenes piadosas sobre artísticas repisas.

Las había visto antes reflejadas en los cristales de la espaciosa librería, adosada a la pared de enfrente, cuando seguía los movimientos de aproximación hacia ella, efectuados por MANUEL LÓPEZ PÉREZ.

El olor de los libros atrae a Manuel con más fuerza que el buqué de los caldos

A este impertinente relator le parece que, si Manuel se dejara crecer la barba, su rostro adquiriría el hermoso aspecto de un político o un erudito del XIX.

La mesurada sonrisa que se le escapa, antes que por los labios entreabiertos, por el chispear de los ojos, dice mucho de su secreta ironía.

Habla con el reposado acento de un magistrado, cuando, sin necesidad de papeles, extrae del archivo de su prodigiosa memoria, nombres, fechas, episodios...

Siempre correcto, siempre dominador de sus impulsos, lo ví aquella noche sentarse bajo una lámpara, cabe la librería, y, contra costumbre, sacar folios y a la señal del Prioste, leer con voz apenada su elogio y recuerdo de Rafael Ortega Sagrista. En ello había, como luego podréis comprobar, mucha gratitud de discípulo que evoca lejanos magisterios.

El largo ensayo de engullir y trasegar que veníamos haciendo, había conseguido soliviantarnos el apetito.

Debiólo notar el buen Prioste, que enseguida nos invitó a regresar al hermoso atrio en que estaban dispuestas las mesas.

Pero fue ineludible otra dilación. A fuer de cristianos viejos, antes del yantar érase el orar. Y JOSÉ CASAÑAS... (la sencillez de su trato nos ahorra tratamiento; que ése es su don: la evangélica sencillez), José Casañas, luego de apagar su enésimo "ducados", rezó de esta manera:

ORACIÓN PARA ANTES DE LA CENA JOCOSA

Señor San Antón Abad:
los aquí cenantes, tus amigos
alrededor de esta mesa reunidos,
rogamos de tu amistad
que nos mantengas siempre unidos.

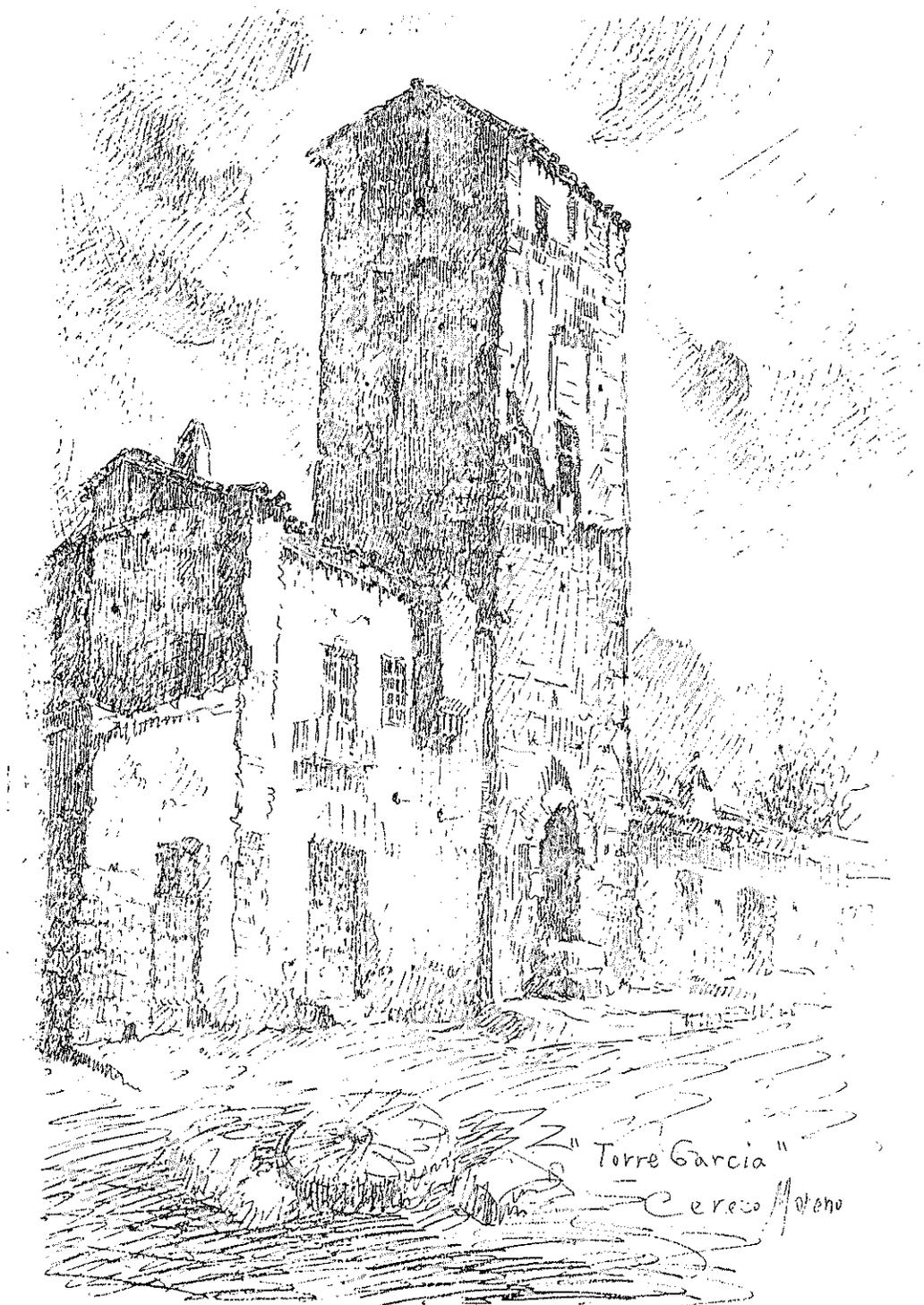
Que, como a nuevo rebaño
nos quieras apacentar
este año y otros años...

Y como broche final,
pedimos en común consenso,
bendigas este humilde pienso
que vamos a trasegar
regado con vino espeso.

AMÉN.

Alborozados con este "versirezar" de nuestro insospechado Berceo, salimos todos, si no atropelladamente, sí con espoleante curiosidad por conocer en qué mesa y con cuáles comensales figuraba el nombre de cada uno, impreso en el ya tradicional diedro de cartulina.

Y héte aquí que aún quedaba ritual ceremonia que cumplir: el retrato fotográfico de toda la Confraternidad presente.



"Torre Garcia". (Dibujo de Francisco Cerezo).

Allí estaba con su cámara ya dispuesta, MANUEL FERNÁNDEZ, al que me niego a llamar aquí fotógrafo profesional, pues por su veteranía en serlo de nuestra Cena, me place nombrarlo.

Canciller de la imagen con que sella
el códicepreciado del recuerdo.

¿Dónde posar para el pintor de aparatoso monóculo? El primer tramo de la espaciosa escalera que en el mismo patio se iniciaba, ofrecía el más adecuado sitio. En el primer rellano, un antiguo reloj, cíclope esbelto —y no mudo— de tallado torso, derramaría sobre todo el grupo una ilusión de tiempo aprisionado.

Compusimos los rostros, dejando que afluyera a ellos el contento que por dentro nos llenaba, y el Canciller,

en tinteros de luz mojando el sello,
de tan quieta inquietud dio testimonio.

Hétenos ya sentados en torno de las cinco mesas, cinco en cada una, según las disposiciones estratégicas de nuestro Mariscal de campo, que, cada jornada, busca se avencinen en las tiendas distintos caballeros, para más ameno y provechoso el bien llevar de todos.

Las cinco mesas eran ya cinco constelaciones, cuyas estrellas —todas de primera magnitud menos la casi extinta mía— girábamos alrededor de “panihelios”, (perdón por mis resabios culteranos).

Quiero decir que en el centro de cada mesa, un bien cocido pan, sol de tahona, gravitatorio influjo derramaba sobre todo el menaje de su órbita: escudillas y jarros de esmaltado barro, grávidas candilejas verdinegras, y alegóricas nubes de escamujos.

Obligados estamos, como bien nacidos, a proclamar gratitudes. Oigánse las de muy gustoso sabor dichas en mérito de las personas que cada año, desde hace ya bastantes, procuran nuestro regalo con el del sabroso pan que amasan y cuecen ex profeso para nuestra Cena. Léase el apunte que sobre tan generosos proveedores, al final de esta crónica e intervenciones se inserta.

Ahora sigo diciendo que, no faltos de luces, sino cumpliendo con otra rúbrica de nuestro ceremonial, prendimos todos las mechas de los candiles, cada cual la del suyo, pues ya lo sabíamos prenda de recuerdo, pieza estimadísima que añadir a las que cada uno de nosotros guarda con particular devoción como reliquias de jubileo. Las de este año habían sido elaboradas para nosotros por los Hermanos Almarza, de la sin par Úbeda.

Andaba yo en animado diálogo con el bonísimo ANTONIO CASANAS, que a mi izquierda se sentaba; mirábalo con el placentero mirar de quien descubre intactos los tesoros de un antiguo hallazgo: aquella revelación de sus momentos anímicos, comedida en gestos y palabras, para no estorbar la génesis y desarrollo de los ajenos; todas esas virtudes que

son garantía de sólida amistad; andaba yo en estas apreciaciones, cuando se alborozó mi olfato con el provocador aroma de la sopa de cocido que había vertido en mi cuenco la elegante y respetuosa solicitud de JOSÉ SÁNCHEZ, figura insustituible en todos los episodios de nuestra Cena en la que asume serenamente la doble función e maestra-sala y camarero.

Gentilhombre es de la imponderable Ponderosa, que maese ANTONIO MOLINA tiene abierta para regalo de paladares y saciedad de estómagos, indígenas y foráneos.

Apenas acabado el sustancioso caldo, hizo Pedro sonar la campanilla, cesó el murmullo de las conversaciones, destacóse el rimado rimar del agua en la fuentecilla, se levantó sin esfuerzo JOSÉ CHAMORRO, que aún tiene venturosa agilidad de piernas, y diónos muestras de su tampoco menguada agilidad de mente con la lectura de un bello trabajo evocador de entrañable figura giennense de un ayer todavía cercano.

Conserva José Chamorro, además de su vigor, la íntima seguridad del que se siente enriquecido con dilatadas experiencias y no precisa ahorros de benévolas estimaciones.

Mientras esperábamos el advenimiento de las tortillas que parían las cocinas según el antojo de cada cual, repartí mi atención entre el sabroso coloquio de mis compañeros de mesa y el intento de adivinar, por la expresión y el gesto, lo que en las contiguas mesas se digería.

En todas hallé animada comunicación entre los diferentes caballeros de las redondas tablas, aunque la imperturbable gravedad de algún rostro, como el del eximino FRANCISCO CEREZO, pudiera aparentar inhibición.

Es Paco hombre de poco hablar, porque su mucho sentir lo expresa mejor con la polícroma lengua de sus pinceles desde la ática tribuna de los lienzos. Muchas veces, sin embargo, te sorprende con la agudeza de sus dichos, libres de toda barroca verborrea.

No bien terminamos de engullir la succulenta tortilla, requerido también por el tintineo del aljaraç, alzose majestuoso FRANCISCO OLIVARES para hacer lectura de su interesante trabajo, como todos los suyos, sobre los Escudos del Cardenal Merino, su ilustre paisano.

Escuchábale yo, mirando el perfil borbónico de su rostro, y no pude evitar que mi dislocada imagen le cubriera los hombros con armifñada capa.

Hay en Paco Olivares un insospechado poso de herencia aristocrática. Su sencillez lo disimula.

En sus ojos, un tanto hundidos, le brilla la chispa de un ingenio, siempre amable, no pocas veces burlón. Cuando algo le gusta, lo aplaude; mas la forma correcta de su desaprobación es el silencio. No es gran conversador, pero sí atentísimo oyente.

Siguió después el pantagruélico ejercicio de mandíbulas, aliviado no con alquímico elixir, sino con el tinto de Torreperogil o el dorado de Bailén. Las treguas acordadas por nuestro hábil estratega nos dieron descanso suficiente para que Diego Jerez pudiera conmovernos con la evocación de un belén, el que cada Navidad ponía en su casa el inolvidable Rafael.

Pudo deleitarnos el mismo Pedro con la narración de una de las muchas anécdotas que adornan su conocimiento de nuestras instituciones.

Y pudo este malventurado cronista abrumar al cortés auditorio con la lectura de sus versos. Repito que todos estos textos quedarán luego recogidos.

Mientras mis compañeros de tienda atacaban las "postrimerías", incapaz yo de aceptar el dulce desafío de las de la Pereda de Regurchillo, acerquéme al palenque donde había peleado el notable adalid LUIS CORONAS.

Quería felicitarlo por la bella Crónica que de la Cena de 1987 había escrito y lamentarme porque, comparada con ella, la que yo había de escribir resultaría doblemente menguada.

Tan pronto me vio llegar, levantose de su asiento, permitiéndome comprobar de nuevo que su talla, la física y la espiritual, sobresale de cualquier conjunto.

Correcto en el vestir, aunque nunca atildado, tiene esa elegancia que nace del equilibrio interior, de la interna disciplina. Hay en su voz registros de agudos contenidos y su mirada, cuando atraviesa inquisitiva el cristalino parapeto, lo muestra sagaz, pero nunca impertinente, observador de sus interlocutores.

Animóse con benévolas palabras y, emparejado con él, me adentré en la espaciosa sala de la librería, a la que todos tornaban, para que tuviera lugar, ¡ay!, el último episodio de tan gozosa jornada: la sobremesa.

Suelen ser las sobremesas epílogos fatigosos de deplorable estilo, en el que abundan licencias y eructaciones cuando no tienen los comensales que hasta ellas llegan, ni equilibrio ni cauces en que verter la euforia de sus estómagos henchidos.

Las nuestras, en cambio, parecenme —y son— ápices lumbrosos desde los que aún miramos, y escuchamos, el rutilar de algún ingenio, mientras comienza a invadirnos la melancolía de los presentidos alejamiento.

En esta que relato, debo atestiguar que pocos supieron resistir la tentación de enjugar el lloro nazarita con las dulzainas, batatines y alfeñiques que sobre la mesa había derramado la dulzura generosa de Doña Esperanza Casañas de Láinez.

JOSÉ LUIS BUENDIA, que durante toda la noche había sido inquieto animador de grupos, (su índole crítica lo empuja a frecuentes movilizaciones), se me confesó goloso cuando ambos coincidimos en el intento de emular a las famosas moscas de la fábula.

A medio catar tenía yo el fino resol de mi copa, y hube de dejarlo para saborear el exquisito licor que en la cerebral destilería de VICENTE OYA se fabrica.

Vicente, que aquella noche llegó haciendo proclamación alborozada de la eficaz terapia de Diego Jerez, pues lo había mejorado del malestar que sufría, tan a tiempo que no le había estorbado venir a la cena, aunque sólo fuera para ejercitar sobriedades, Vicente tiene la pesadumbre de su peso; pero quién sabe si éste es consecuencia de su metabolismo o de un espíritu tan asimilador que convierte en sangre propia todo lo que capta a través de los sentidos, incluso las ideas más abstractas.

Gustar podréis de su licor en donde lo dejo recogido y comentar los benéficos efectos que su beber conlleva, como hicimos entonces, recién saboreado, FERNANDO LORITE y yo.

No escatimó Fernando alabanzas a su antiguo compañero de tareas periodísticas (ambos emparedaron horas en la jaenera prensa) y ello dice mucho en su favor, que no es frecuente la liberalidad inter aequales, sino la envidia, como enseña el Aquinense.

Pero no puede ser de otra condición sino liberal, el que, como Fernando deja escapar su franco alborozo en franca risotada.

Avanzada estaba ya la noche, o, por mejor decir, a punto casi de que Santa Catalina asomara en el oriente las blancas enaguas de su día, y aún quedaban parlamentos que escuchar a primerísimos actores.

Dio en ello nuestro regidor de escena y agitó brioso la campanilla y reprimimos todos el incansable descoser de labios y adelantose a más iluminado proscenio la ascética figura de MANUEL CABALLERO VENZALÁ.

Desplegó el pliego que en la mano llevaba y resultó que no era pliego sino búcaro de encendido rosal y caja de piadoso salterio.

¡Con cuanta emoción dijo él y escuchamos todos su rimada plegaria a nuestro Santo Patrón!

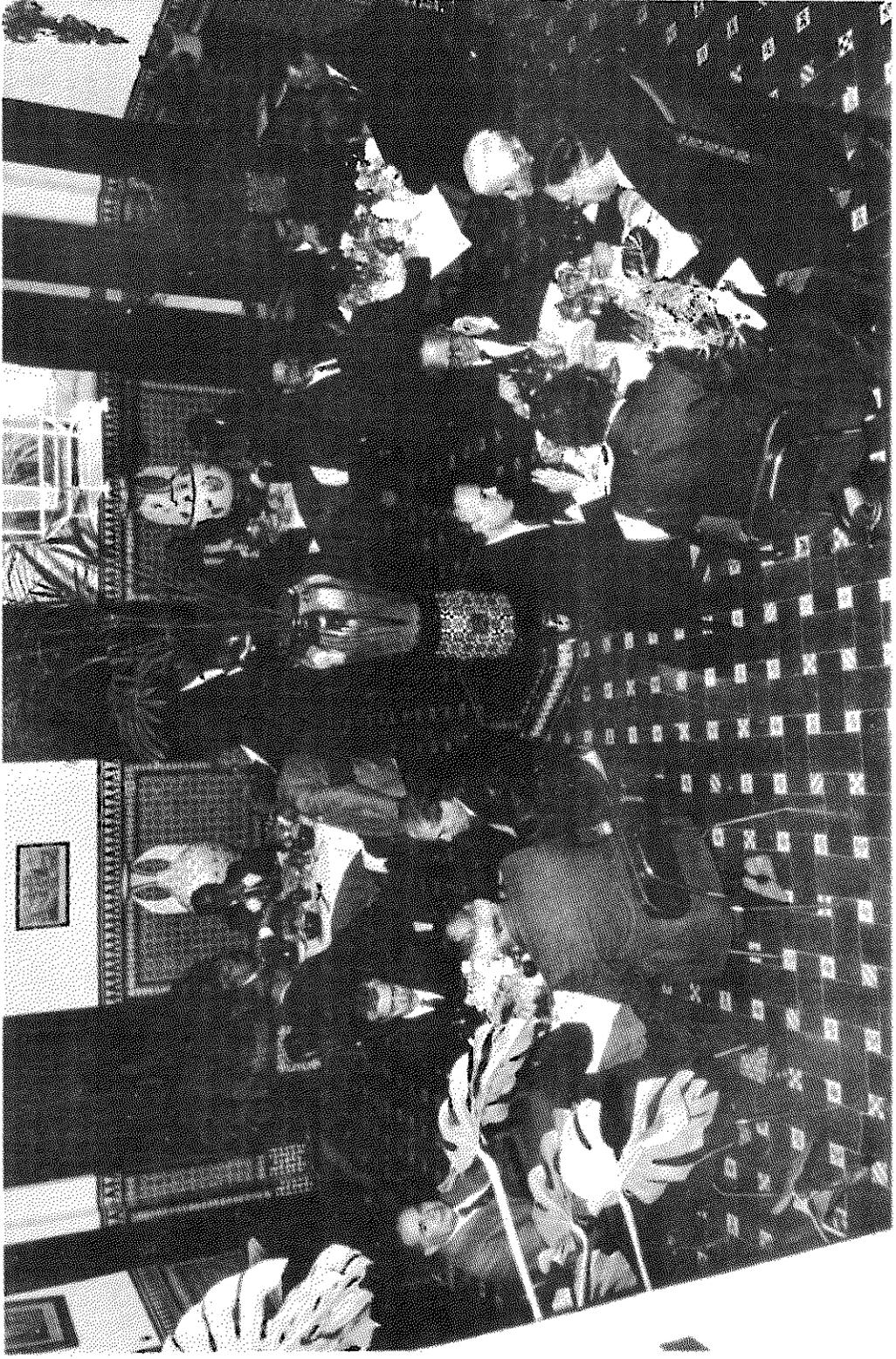
A nuestro reverendo Manuel, "casi angélico ya de tan austero", como en otra ocasión le dije, se le trasluce la bien construida morada interior por más que, humilde, quiera velarla él con hábitos y usos de mundana arquitectura.

Ni atropellando palabras y cercenando frases, había ya tiempo para escuchar discursos de otros ingenios, pues aunque todos disfrutamos esta noche especial de la Cena, de doméstica anuencia, era de temer que la falta de costumbre motivara femenil solivianto.

Mas si los que allí estábamos perdimos la ocasión de escuchar esos discursos, no la pierde de leerlos quien este volumen sostiene, pues en él figuran y en el mismo orden en que habrían sido dichos.

Punto es éste, entonces, de acabar mi relato y de que acabe así la fatiga del que lo haya seguido; pero súframe un poco más, pues, porque nada se omita, he de añadir que la última rúbrica de nuestra liturgia no se quedó sin cumplir. Con desafinadas voces, heridoras, sin duda, de algún que otro oído, cantamos todos el "Eres harén..."

Siempre me suena a sinfonía de los adioses.



Aspecto que ofrecía el patio de la casa número ocho de la calle Josefa Segovia, al inicio de la Cena de Santa Catalina de 1888.

Segunda parte

INTERVENCIONES HABIDAS EN EL TRANCURSO DE LA CENA, Y COMUNICACIONES QUE SE PRESENTARON Y NO SE LEYERON POR FALTA TEMPORAL DE ESPACIO.

Presentando al nuevo Miembro de Honor, dijo ANGEL VIEDMA GUZMÁN lo siguiente:

Granada, 16 de julio de 1986... En la cálida noche estival, el Auditorio "Manuel de Falla" luce engalanado para la anual y obligada cita del Festival Internacional de Música y Danza.

El público asiste, inmerso en un expectante y respetuoso silencio, al estreno —esta noche— de una Sinfonía compuesta en el siglo XVIII por Ramón Garay, antaño Maestro de Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Jaén. Esta obra, de un indudable valor musical, ha sido transcrita —y rescatada así del olvido e incluso de una posible desaparición o pérdida— merced a la tenaz e infatigable labor de un joven investigador giennense.

La Sinfonía n.º 5 de Garay, con imaginarios sonos de triunfo por su nuevo estreno ya en el siglo XX, inunda con su música la gran sala del auditorio granadino, interpretada por la Orquesta Barroca del Festival que dirige Luis Remartínez.

Cuando aún aletea el eco de los últimos compases sinfónicos, un estruendoso y prolongado aplauso estalla, pleno de sentimiento y espontaneidad, mientras el director muestra la partitura, en memoria y homenaje a su ya histórico autor.

Semiescondido entre el público hay un hombre con una amplia sonrisa de complacencia, a la vez emocionada y serena, rodeado de conocidos rostros de amigos y familiares, gentes de Jaén que se han desplazado para acompañarle y que le felicitan calurosamente. Este hombre, Pedro Jiménez Cavallé, es el responsable de que la música ochocentista de Ramón Garay pueda haberse escuchado de nuevo, en nuestro tiempo.

Pero hasta llegar a aquella noche de estreno, Pedro hubo de realizar una meritoria y laboriosa investigación entre legajos y partituras, en nuestra vetusta catedral, transcribiendo y sacando a la luz nuevamente las desconocidas diez sinfonías de Garay, y profundizando en el conocimiento de la vida y obra musical del antiguo maestro de capilla catedralicio.

Más, aparte de su importante labor investigadora, Pedro Jiménez desarrolla también una, no menos importante y fructífera, función docente desde su Cátedra de Música de la Escuela Universitaria del Profesorado de Enseñanza General Básica.

Hombre incansable interviene, asimismo, como organizador de los conciertos del Grupo Filarmónico "Andrés Segovia"; y como Consejero Facultativo del Instituto de Estudios Giennenses viene organizando, además, el Concurso Internacional "Premio Jaén de Piano".

Creo que sería demasiado prolijo y, sobre todo, innecesario mencionar sus numerosas publicaciones sobre temas musicales, muchas de ellas relacionadas con nuestra provincia, pues todos le conocemos en esta faceta; no en vano Pedro ha ocupado, en más de una ocasión, como orador la tribuna en nuestras tertulias del Arco de San Lorenzo, y colabora habitualmente en nuestra revista "Senda de los Huertos".

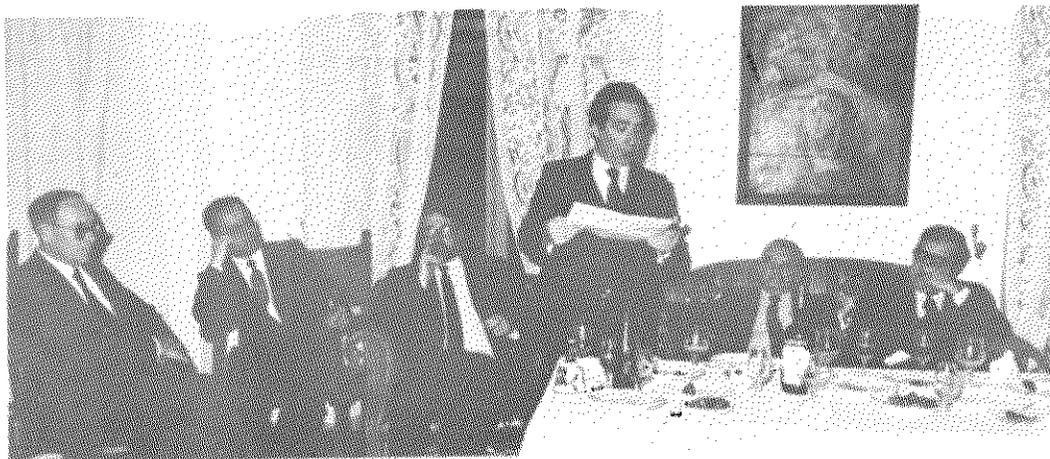
Ciertamente Pedro Jiménez, manchego de nacimiento —de nuestra vecina Mancha Real— ha mantenido siempre un estrecho vínculo con nuestra Hermandad Sanantoniana. Por supuesto que todos le valoramos y apreciamos, y esto también ha tenido fiel reflejo en nuestra unanimidad a la hora de elegirlo como nuevo miembro.

Pero además de sus indudables méritos en el arte musical, quizás lo que impresiona más favorablemente a quien le trata con asiduidad son sus valores humanos: su personalidad bien asentada, su hombría de bien.

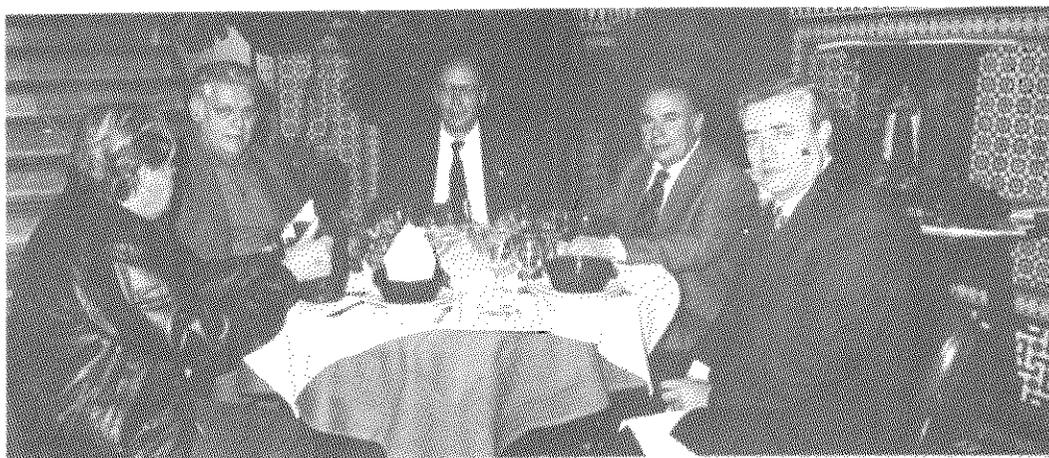
Yo me considero buen amigo suyo desde hace ya algún tiempo. Últimamente he compartido alguno de sus plácidos veraneos en Torrenueva. Allí, en el tranquilo asueto de la playa, ha convertido su apartamento de un décimo piso en una verdadera atalaya musical donde tienen cabida desde el inevitable piano hasta los más raros libros, partituras e instrumentos musicales.

Es Pedro extraordinariamente familiar, un excelente padre de una ya numerosa familia. Hombre jovial, buen conversador, siempre amable y desinteresado, de vida pacífica y tranquila —aunque siempre inquieta en cuanto a la Música se refiere—, y es igualmente un hombre amante de Jaén, su historia y sus tradiciones como cualquier buen amigo de San Antón.

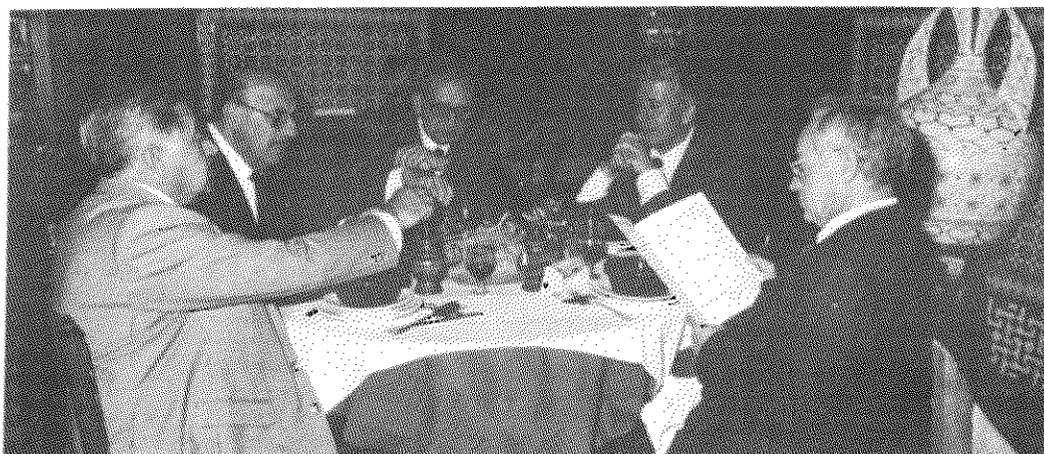
Bienvenido Pedro a nuestra Hermandad.



Intervención de Pedro Jiménez Cavallé, nuevo miembro de Honor de la Asociación.



Francisco Cerezo, José Casañas, Luis Coronas, Juan Castellano y Antonio Martos.



Luis Armenteros, Manuel Elías, José Chamorro, José Luis Buendía y Luis Berges.

Esto fue lo que el nuevo Miembro de Honor, PEDRO JIMÉNEZ CAVALLÉ, nos leyó y cantó:

Cuando recibí la invitación para formar parte de los "Amigos de San Antón" y compartir con sus miembros esta singular "Cena jocosa", debo confesar que me sentí sorprendido primero, abrumado después, pero pronto satisfecho por el honor que generosamente se me hacía; mi inicial gesto de sorpresa debió transformarse con prontitud en una inevitable sonrisa, que fui incapaz de reprimir ante la distinción que me hacía una honorable y bien puesta comitiva.

Los "Amigos de San Antón", constituyen para mí una loable y entrañable institución que ha puesto todo su empeño en la cultura de su tierra que es la nuestra, la de Jaén. Sus inolvidables veladas, las vuestras y a partir de ahora, las nuestras, recoge semana a semana la historia jiennense en un lugar tan señero, recogido y familiar, como es el Arco de San Lorenzo, donde la cultura se escucha con cierto fervor por un público ávido de noticias y deseoso de conectar con su propio pasado. Si cualquiera se sentiría honrado de pertenecer a esta asociación, yo, aún sin saber cómo he sido elegido entre otras personas, me considero enormemente orgulloso y halagado por ello. Y si algún mérito poseo en relación con el noble objetivo que a todos os mueve y con el cual totalmente me identifico, ello carece de valor, pues trabajar en y por aquello a lo que se quiere, y a lo que muchos de vosotros me habéis enseñado, considero que no es digno de un premio como el que he recibido.

Por eso, permitidme daros las gracias sin ningún tipo de retórica, la única forma que sé y siento, no sólo por otorgarme este inmerecido galardón de encontrarme aquí, esta noche inolvidable, sino por haberme marcado con vuestro trabajo el rumbo a seguir y con el que yo espontáneamente he sintonizado; y de forma especial agradezco a Angel Viedma las palabras que como "Amigo de San Antón" y como verdadero amigo que es, me ha dedicado. ¡Gracias a todos!

En una noche como ésta, en la que celebramos una cena tan especial, como la de la "Cena jocosa", no he podido evitar, bajo mi condición de músico, recordar aquellos artistas que con singular eficacia amenizaban cenas tan famosas como las que el Condestable Iranzo organizaba en el Jaén del siglo XV. En aquellas ocasiones no faltaban los famosos ministriles que con sus originales instrumentos daban un color especial a tan magnas celebraciones en las que "venido el tiempo de comer, asentáuanse a la mesa et trayen el manjar, con los tronpetas et atabales e cheremías tocando e tañiendo delante".

Hoy no vamos a tener ante nuestros ojos tan maravilloso espectáculo, pero sí vamos a traer su recuerdo evocando brevemente a una familia de ministriles de la catedral de Jaén que vivió durante los siglos XVI y XVII.

Hacia el año 1560 llegó a Jaén, procedente de Alcobendas (Guadalajara), de donde era natural, Francisco Carrillo, hijo de Isidro de Mendoza y de Isabel Carrillo; ingresó en nuestra catedral como ministril y casado con Ana Roque, natural de Murcia, tuvo varios hijos que siguieron el mismo camino profesional del padre. El más conocido de ellos y el que orientó su vida musical hacia el órgano a diferencia del padre, fue Francisco Carrillo Garavates, que sirvió el oficio de organista de la catedral jiennense de 1580 a 1594, habiendo sido también beneficiado de Arjonilla y maestro de capilla en la catedral de Málaga. A partir de 1594, no obstante, dejaría el cargo de organista tras obtener una canongía en la catedral de Jaén.

Entre los hijos que continuaron la labor paterna se encuentran Lorenzo Carrillo y Luis Carrillo, ministriles en la misma catedral, junto a Gabriel Carrillo que suponemos hermano de los anteriores. De éstos parece ser que Luis llegaría a ser racionero en la catedral de Córdoba.

Además hay que mencionar a otros dos ministriles emparentados con la familia Carrillo: Juan de Bozmediano, casado con Jerónima Garavatea, tía del canónigo Francisco Carrillo, y Pedro Fernández (Hernández) Rael casado muy probablemente con la misma Jerónima al enviudar de Bozmediano antes de 1588. Precisamente con la hija de estos últimos, María de Bozmediano, se casó Gabriel Carrillo.

Todos estos ministriles, junto a otros, formaron parte de la capilla de ministriles dirigida por Francisco Carrillo, maestro de la misma, y entre los instrumentos utilizados estaban las chirimías, el sacabuche y el bajón, para los que el propio Francisco escribió varios libros, hoy desgraciadamente perdidos.

Aunque estos eran los ministriles de la catedral, solían asistir también a fiestas celebradas fuera de la iglesia, muchas de ellas de carácter profano: iban a casas particulares, a bautizos, bodas, velaciones..., por lo que a veces se les prohibía ello, al considerar indecente que la música del culto divino "se traiga en cosas profanas". Ellos amenizarían más de una cena como la nuestra con el particular sonido de sus instrumentos a los que pronto se uniría la danza y el canto; por ello, aunque esta noche no tengamos su música, vamos a tener al menos su recuerdo. Con la música de una de las cantigas de Alfonso X el Sabio que narra un milagro ocurrido en tierras de Jaén y que yo me atrevo a cantar. Se trata de la cantiga 185, cuyo título dice: "Cómo Santa María defendió el castillo que llaman Chincoya, de los moros que lo querían tomar".

Po-der a San-ta Ma-ri-a gran-de des seus a co-
 rrec — en qual lo-gar quer que-se-jan, e os de mal —
 de-fen-der. E dest' o-y un mi-ra-gre- que a
 ve — o pouc a — y en Chin-co-ya, un cas-te-lo —
 por quant end e-u a-pren- di, que fe- zo San-ta Ma-
 ri-a; e a os que- o o- y — a-ta- es o-
 me-es — e-ran a que de ve — mos cre — er.

Cantiga 185 de Alfonso X El Sabio, titulada: "Cómo Santa María defendió el Castillo que llaman Chincoya, de los moros que lo querían tomar".

3.- MANUEL LÓPEZ PÉREZ, expresó su recuerdo emocionado de esta manera:

ELOGIO Y RECUERDO A RAFAEL ORTEGA Y SAGRISTA

Cuando hoy nos hemos encaminado a esta casa en busca de la Cena de Santa Catalina, quien más y quien menos, ha traído a remolque su miaja de regomello. No intentemos disimularlo. Unos y otros, sobre todo los que ya nos hemos sentado con ésta, nada más y nada menos que jonce veces!, a la acogedora mesa del bendito Señor San Antón, hemos traído hoy a cuestas, la íntima convicción de que a partir de ahora, la Cena ya no será lo que fue.

Y precisamente por eso, bueno es, que apenas se han catado los manjares, se alce aquí alguna voz, para en nombre de RAFAEL ORTEGA SAGRISTA, rogar al Señor Prioste y la compañía, que no nos dejemos llevar esta noche por brumosas morriñas, que no son propias de nuestras latitudes. Que si los caletres se ajuman más de la cuenta, no nos vaya a dar por blandengues melancolías. Y que no echemos en olvido, aquel sabio refranillo, de que las penas, con vino, son menos penas.

Ciertamente esta noche, aunque todos nos lo callemos, se está echando en falta la presencia entrañable de Rafael Ortega Sagrista. Pero no es menos cierto, que cada uno de los que aquí estamos, tenemos la evidencia de que Rafael está con nosotros, puntual a la cita; con su media sonrisa; con su bondad congénita; con su crónica cordialidad. Y con su misteriosa e inseparable carterilla, para recoger lo que buenamente caiga, que todo hay que decirlo.

Todos sabemos, que Rafael, entre otras virtudes, tuvo la de ser hombre de fe. El supo entender con meridiana claridad, la rotunda verdad en las palabras del Evangelio de San Juan (11,25): "... Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera vivirá..." Y por eso precisamente, nos queda a nosotros, sus amigos, la certeza de que Rafael no se ha ido. Que Rafael vive. Y que nadie ose negarlo. Porque Rafael sigue vivo, en el recuerdo fraterno de la amistad.

Rafael sigue vivo, en la perenne actualidad de su prosa familiar y entrañable; en la riqueza pluridimensional de su obra investigadora; en la serena grandeza que emana de cada uno de sus artículos; en la oportuna utilidad que ofrecen cada una de sus investigaciones... Rafael sigue vivo, en todos y cada uno de nosotros, los que nos honramos con su amistad y su magisterio.

Por eso, en esta noche, Rafael Ortega Sagrista no puede por menos de hacerse presente entre nosotros, para rogarnos que hagamos realidad en su nombre, las palabras del poeta:

*“...Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan...”.*

.....

Y para que veáis, hasta que punto sigue viva y presente la figura de Rafael entre nosotros, me vais a permitir que os narre un hecho, entre histórico y anecdótico, que más de una vez estuvo revoloteando sobre plato y plato, en la tertulia limpia y cordial, que aquí suele organizarse.

De este suceso hace ya muchos años. Corrían los últimos días del otoño de 1957. Nada alteraba la diaria monotonía de un Jaén que veía pasar lenta, sosegada, un tanto aburrida la interminable sucesión de los trabajos y los días.

Eran los últimos días del otoño de 1957. Una tremenda Misión General, nos habían vuelto a poner de actualidad a grandes y chicos, la olvidada realidad de nuestras postrimerías, la segura existencia de nuestras miserias. En la Plaza Vieja, cómodamente repatingados en los pétreos sitiales del barandal de los urinarios, los desocupados comentaban, entre escépticos y admirados, que allá por las alturas del Neveral, se estaba probando un artilugio llamado televisión, que era algo así como un cine injertado en una radio. “Pepe el Largo” dormía, indiferente a todo y a todos, interminables siestas al abrigo de los buzones de Correos, o al fresquito del banco del kiosko de prensa, que no era cosa de andarse con remilgos.

Por el Callejón del Consuelo bajaba, un día sí y otro también, un pintoresco sujeto, mitad peregrino oriental, mitad vagabundo europeo, que con un viejo y desafinado clarinete, se pasaba el día de Gorrión a la Manchega, de Casa Zamora a La Viña, interpretando una cansina melodía, representando una triste bufonada, a cambio de un vaso de vino o de unas mezquinas monedas. En la Plaza de las Palmeras, bajo la bonachona complicidad de D. Bernabé Soriano, los golfillos diseñaban complicadas operaciones tácticas y logísticas, para esquivar la artillería malhumorada de Morago y poder ganar raudos y veloces, la sucia y gloriosa escalerilla que conducía al gallinero del Teatro Cervantes. En las barberías se discutía acaloradamente, sobre los mil y un proyectos en marcha para modernizar Jaén: que si van a poner un autobús para bajar al Barrio de la Guita; que si van a derribar una acera entera de Julio Burell, para que se pueda llegar con amplitud a la Puerta Barrera; que hasta quieren hacer pisos por bajo del segundo paso a nivel...; que ¡adónde vamos a llegar!... Y en los corrillos de jubilados, que malgastan su tiempo al tibio solecico de la Plaza de Santa María, se comenta en voz baja que ya la tenemos liada, que parece ser que en Ifni hay guerra... Y que en casa andan preocupados, porque el nieto todavía anda en el Servicio y le queda lo suyo para licenciarse...

Son los días finales del otoño de 1957. Y Jaén no pasa de ser una ciudad dormida y silenciosa, muy similar a la de 1857.

En ese Jaén, donde parece que no pasa nada, está pasando sin embargo algo muy gordo. Un virus insidioso y pertinaz se ha adueñado de todos los ambientes y está causando, a la chita callando, más bajas que esa rumoreada guerra de Ifni. A Jaén ha llegado la gripe asiática. Una gripe de mucho cuidado, que diezma las oficinas, que deja en cuadro los sobados mostradores de la Calle Maestra, que aclara ágilmente los incómodos pupitres de los centros escolares.

Estamos en 1957. Y frente al Callejón de la Virgen, al pie mismo de las escaleretas de la Calle Empedrada, hay una casa normal y corriente. Una de esas casas, entre viejas y achacosas, que todavía constituyen la auténtica razón de ser de las calles de Jaén.

En una casa de humilde fachada, contrahecha y deforme desde aquel aciago primero de abril de 1937, en que las bombas irracionales del odio, sembraron de tragedia el barrio labrador de San Ildefonso.

Por su amplio portón de maderas claveteadas; por su extenso zaguán empedrado de guijarros; por su recio postigo interior, horadado con el misterioso círculo de la gatera, la casa evidencia una venerable antigüedad.

Y así es. Porque esta casa de menguada fachada, de simple apariencia externa, es sin embargo una casa enorme. Una casa singularmente contradictoria. Hay en ella amplias y luminosas estancias, con techos de bovedilla. Y menguados y oscuros aposentos, con ensolados de gastada baldosa de barro. Hay balcones inconmesurables, de recios postigos, más reciamente asegurados con férreas fallebas y retrancas. Y frágiles ventanucos, que parece que se van a abrir de par en par, al primer manotazo que les demos.

Tiene la casa un patizuelo semi-cubierto, de grato frescor para las tardes tórridas del verano. Y un corral empedrado, con su pozo, con su gigantesco pilón de piedra labrada, con su parra sarmentosa y retorcida, donde en las mañanas de invierno, da el sol que es una bendición.

Tiene la casa laberínticas escaleras, con profusión de recovecos y espacios muertos, sabiamente reconvertidos en alacenas y chineros, previsoramente clausurados, con puertecillas oscuras de celosía y cuarterones.

La casa, esta vieja casa de Jaén, es incómoda, pero está repleta de grata humanidad. Es trabajosa, pero está rebosante de calorcillo familiar, de intimidad, de legítimo sentido.

Y sobre todo, tiene un auténtico lujo: sus balcones. Porque la casa tiene dos de sus frentes, avalorados con balcones que son una auténtica maravilla.

Son, eso sí, unos balcones vulgares, como los de cualquier casa de los

barrios viejos. Pero con unas vistas únicas, que los subliman por encima de cualquier vulgaridad.

El balcón principal es todo un discreto y cómodo mirador, para otear sin ser visto, la gracia y el salero provinciano de 1957.

Desde él vislumbramos, a lo lejos, las gráciles palmeras de la Plaza. El bullicio de las carteleras del Cervantes. El adocenamiento burgués de las cristalerías del Ideal-Bar. Y más en primer plano, dominamos la mágica embocadura de la Calle Ancha, la infantil palestra del Callejón de la Virgen. Balcón privilegiado, desde el que a todas horas podemos asistir, o mejor aún, casi protagonizar, la diaria comedia de esta parcela de Jaén.

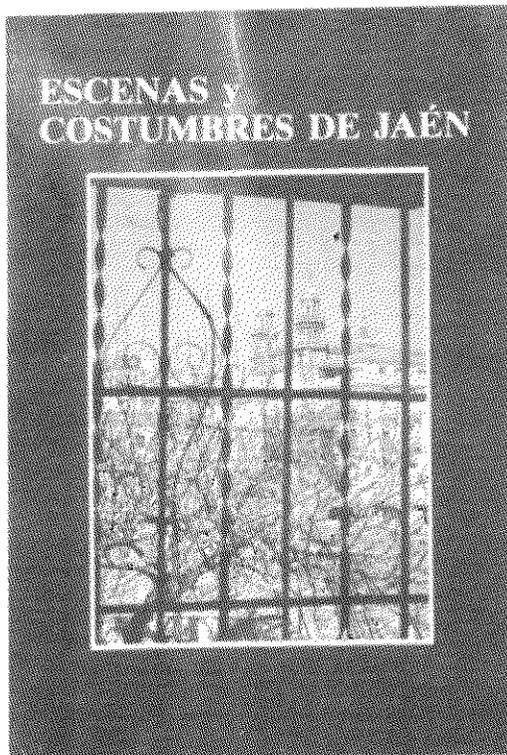
Por allí vemos a Rafael Fuentes, el sacristán, repartir pescozones a la indisciplinada turba de los monagos de San Ildefonso. Desde allí asistimos, en primera fila, a la salida andalucísima de la Virgen de los Civiles, la de la Congregación de la Vera-Cruz, en la nochecida primavera del Jueves Santo. O vemos organizarse, con su ritual añejo y ceremonioso, el Rosario de San Bernabé... Hasta allí nos llega, en la fría noche de Enero, la llamaretá de la lumbre de San Antón y nos impone respeto el estruendoso coheterío de la Pastora...

A espaldas de la casa, orientado al Sur, había un simpático balconcillo, abierto orgullosamente, como un palco regio, sobre el abigarrado conglomerado de corrales, chimeneas, azoteas y tejados, que bajaban en declive hasta la Calle Pocasangre hasta las tapias del Recinto. Balconcillo soleado de la mañana a la tarde, excelente mirador del Jaén oliverero y hortelano. Desde él se veían lejos, muy lejos, las gris-azuladas lejanías de la Sierra de Jaén; las orondas redondeces del Cerro de San Cristóbal; el cono enigmático del Zumel... Y los olivos. Los olivos disciplinados, siempre en formación de revista... Y las caserías. Las caserías blancas, acaudillando aquí y allá, grises olivares. Reflejando plata de cales en la mañana. Concentrando oro de soles, al atardecer...

Balconcillo hasta donde llegaba la enlutada tufarada de los hornos de yeso del Recinto, el olorcillo a pan recién cocido del horno de la Calle Los Romeros, la algarabía escolar de la calle de Miguel Romera...

Y por encima de todo, ofreciendo intactas las mil y una sensaciones del misterio, el encanto de aquella casa culminaba en sus terrados.

Amplios, enormes terrados, debidamente acotados con profusión de poyetes y trojes, para que cada cosa guardase su orden, para que cada cosa tuviese su sitio: Aquí, en armoniosa compañía, las botellas de tomate y pimientos en conserva. Allá, las seras y espuestas de herraj y picón. En el ángulo, las orzas vidriadas, con su tesorillo de aceituna puesta en sazón. Más atrás, colgando de las recias vigas del caballete del tejado, las ristras de pimientos rojos, de berengenas violáceas, de peros dorados y fragantes...



Rafael Ortega y Sagrista (1918-1988), y las portadas de sus entrañables "Escenas y costumbres de Jaén".

Terrados providenciales para secar la ropa húmeda, en los días lluviosos del invierno. Terrados medrosos, para meternos el resuello en el cuerpo con el martilleo de una gotera, con el silbo del viento, que se cuela punzante entre el cañizo, con el vuelo espantado de una torcaz intrusa...

Y más que nada, terrados acogedores y generosos para acumular decenas de trastos, de cacharros inservibles, de antiguallas... Objetos venerables que nos acompañaron toda una vida y que por eso, nos da pena tirarlos...

Era una casa vieja y venerable, en un Jaén no menos viejo y venerable.

En esa casa, en ese otoño de 1957, había un zagal àburrido. Un zagal al que la gripe asiática había retirado, afortunadamente, de las aulas severas del Colegio de San Agustín.

El chaval ya había pasado los intermitentes golpes de tos, ya había superado las noches de fiebre, las tardes de tiritona. Y antes de volver al Colegio, como extra, gozaba de ese par de días de convalecencia que deben seguir a toda gripe que se precie. Sobre todo, si el irremediable final, era volver a aquel famoso Colegio, donde D. Cándido trataba de hacer realidad la mística pedagogía imperial, de que había que ser mitad monjes y mitad soldados.

El chaval, aburrido de hojear las horrendas páginas de una Geografía de España insidiosa; hastiado de remirar una y otra vez, los fastidiosos apartados de unas Matemáticas incomprensibles, dejó los libros y se dedicó a deambular de aquí para allá, sin objeto fijo.

Se asomó a los mágicos balcones. Bajó a las oscuras bodegas. Y luego, sin saber para qué, echó escaleras arriba, en busca de los misteriosos terrados. Y allí, en su infantil curioso, dio sin saber cómo, con un rintero de viejos periódicos, ordenadamente apilados sobre el arca familiar, donde se guardaban las frágiles figurillas del nacimiento. En aquel montón de papeles polvorientos y pajizos, entre ejemplares coloristas del "A.B.C." dominguero, entre aburridas revistas profesionales, el chaval dio con unos números extraordinarios del diario "JAÉN". Y subyugado por los dibujos de Serrano Cuesta que cubrían las portadas, atraído por el reclamo de los sugerentes titulares desplegados en cada página, el chaval sintió la tentación de rescatar aquellos periódicos atrasados, de la lamentable ignominia del terrado.

Y los leyó en la calma vespertina de la mesa camilla. Y entre aquellas páginas tan providencialmente descubiertas, el chaval encontró unas columnas que le despertaron repentino interés. Aquel artículo se titulaba "TOROS EN LA FERIA DE SAN LUCAS". Y lo firmaba un tal RAFAEL ORTEGA SAGRISTA. Eran once estampas, que retrataban fidelígnamente un día de toros en Jaén.

Tras leerlo y releerlo, el chaval llegó a la conclusión, de que aquel artículo tenía algo. Algo inexplicable, pero que le atraía con singular insistencia. Algo así como una magia oculta. Porque allí se oía a la Banda de Música, bajar alegre y jacarandosa por la Carrera, en busca de la Plaza de Toros. Allí se respiraba el ambiente polvoriento del Portillo de San Gerónimo. Allí se vislumbraba la sombra trágica y bronca del patio de caballos...

Y el chaval, sin saber cómo, sin saber por qué, empezó a subir y bajar las escaleras de los oscuros terrados, a la caza y captura de otros periódicos como aquellos. Y con infantil técnica, empezó a archivar recortes en una artesana carpeta, a la que puso un escudo de la ciudad y un rótulo de letras presuntuosas y doradas, que decían: "Historia de Jaén".

Y cada vez que caía en sus manos uno de aquellos artículos, el chaval se preguntaba, ¿quién será este Rafael Ortega Sagrista...?

Y fue pasando el tiempo. Y el chaval siguió alternando los libros engorrosos y zafios del Bachillerato, con las lecturas desordenadas y atropelladas de más y más artículos del periódico local, siempre que se tocara para algo un tema de Jaén. Y como aquello le sabía a poco, con la dirección y asesoramiento de su padre —que para eso era maestro de escuela— comenzó a manejar la rudimentaria bibliografía, que conseguía en alguna que otra biblioteca.

Y siguió pasando el tiempo. Y sin apenas darse cuenta —¡oh! venturosa osadía de los pocos años— empezó a pergeñar cuartillas, tratando de reflejar torpemente, los sedimentos de aquellas lecturas.

Y un buen día, el chaval, que ya era mocico a pique de entrar en quintas, recibió una carta singularísima. En ella, entre otras cosas, se le decía:

"...He leído numerosos artículos suyos que conservo y le felicito por dedicarse a esta materia, que tan escasos seguidores tiene. Y observo que entra en lo inédito, que es lo que verdaderamente interesa, acudiendo a fuentes de primera mano y no a reunir con alfileres lo ya publicado, que solo para referencias debiera servir..."

Y lo grande es que allí, al final de aquella carta, había una firma, que coincidía con la que tantas veces había leído, en los manoseados periódicos rescatados del silencio del terrado: Rafael Ortega Sagrista.

Y el muchacho pensó para sí, que bueno, que si al Sr. Ortega Sagrista no le parecían tan mal sus cosas, merecía la pena seguir por aquel camino.

Y volvieron a pasar los años. Y detrás de aquella carta alentadora, vino el mutuo conocimiento, el intercambio de inquietudes, el contraste de opiniones. Y luego, junto a la amistad, vinieron decenas de ocasiones en las que compartir esfuerzos e inquietudes, en las que gastar a la par horas y trabajos en servicio de la tierra común, en las más dispares insti-

tuciones: el Instituto de Estudios Giennenses, la Comisión de Bellas Artes, la Academia Mariana, la Santa Capilla de San Andrés, los Amigos de San Antón...

Y el muchacho, que ya no era muchacho, porque los años no pasan en balde, fue cayendo en la cuenta, de que Rafael Ortega Sagrista era algo más que un compañero de corporación, era algo más que un amigo generoso y amable. Cayó en la cuenta, de que en su caminar autodidacta, Rafael Ortega Sagrista estaba actuando para él como un auténtico maestro.

Su firma en un trabajo periodístico, había sido la semilla que germinaría una oculta vocación. Y hoy el regalo de un consejo. Mañana la sugerencia de una orientación. Pasado, el pescozón de una crítica amable, había ido encauzando, con la influencia que saben y deben ejercer los auténticos maestros, el desarrollo vital de unas inquietudes, nacidas un día del otoño jaenés de 1957.

Lo que jamás pudo soñar aquel chaval, era que andando el tiempo sería amigo y compañero del señor Ortega Sagrista. Lo que jamás pudo imaginar, es que llegaría el día, en que tendría que alzar su voz, para hacer el elogio de Rafael Ortega Sagrista, con el respeto que va del discípulo al maestro.

* * *

Yo sé, que este hecho, entre anecdótico e histórico que acabo de exponer, podría repetirse en diferentes versiones, con todos los que hoy estamos aquí. Porque quien más y quien menos, todos hemos encontrado en Rafael Ortega Sagrista al amigo y al maestro, que nos enseñó esa asignatura fundamental que es el conocimiento de nuestro Jaén.

Por eso, yo creo firmemente que Rafael Ortega Sagrista no puede morir. Y a ninguno nos cogería de sorpresa, que saliera por esa puerta para compartir con nosotros la Cena de Santa Catalina.

Porque ahora mismo, Rafael estará asomado a los barandales del cielo, algo enfurruñado con San Pedro, que cumpliendo sus ordenanzas de cancerbero, no le ha dejado salir. Y desde allí, mano a mano con D. Alfredo Cazabán, seguro que nos está pasando revista y nos está dedicando uno a uno, alguna de sus profundas apostillas, alguna de sus delicadas ironías, alguna de sus afables cordialidades.

No caigamos pues, amigos, en tentaciones elegiacas. Que Rafael sigue entre nosotros. Como el año pasado. Como en aquella primera cena del Castillo, hace ahora once años. Sin quitar ojo de esos panes orondos. Impaciente por probar esa deliciosa morcilla. Adivinando la hora del resol y los dulces de las Descalzas. Esperando, como un niño grande, que desde la emoción del recuerdo, nosotros sus amigos, le brindemos esta Cena de 1988, con un sonoro y fraternal,

—¡Va por tí, Rafael!

4.- Lo que traía escrito JOSÉ CHAMORRO LOZANO, lo dijo así:

JUAN DE DIOS LÓPEZ, UN ARTISTA IGNORADO

Se da el caso en Jaén de que ha habido hombres modestos que indiscutiblemente tenían valores suficientes para resaltar en la vida social, pero es muy corriente el que yo llamaría fenómeno inverso en el quehacer de muchos hombres que estuvieron adornados por la modestia y sencillez. Es virtud ésta de corriente moneda en nuestra manera de ser y a veces existen o existieron verdaderos talentos que casi pasaron desapercibidos en el devenir de épocas no lejanas. Generalmente el giennense o la giennense no buscaron la algarada vocinglera del mercado de la vida, sino que los conocemos cuando de manera casual descubrimos los tesoros que ocultaban en su silencio o en su opacidad porque en su manera de ser encontraban su mejor aliciente, el de la virtud de la modestia. Y no es esto raro ni excesivo en estos pagos, porque raras veces los giennenses nos creemos en esta altivez que no es excesivo sentido del orgullo, sino más bien una congénita realidad vital distanciada por igual de toda vanidad insufrible como de toda afectación no sentida. Yo creo que la sentencia cervantina sobre la llaneza de carácter y de comportamiento es lo que me parece que conviene al carácter y al talante de muchos giennenses.

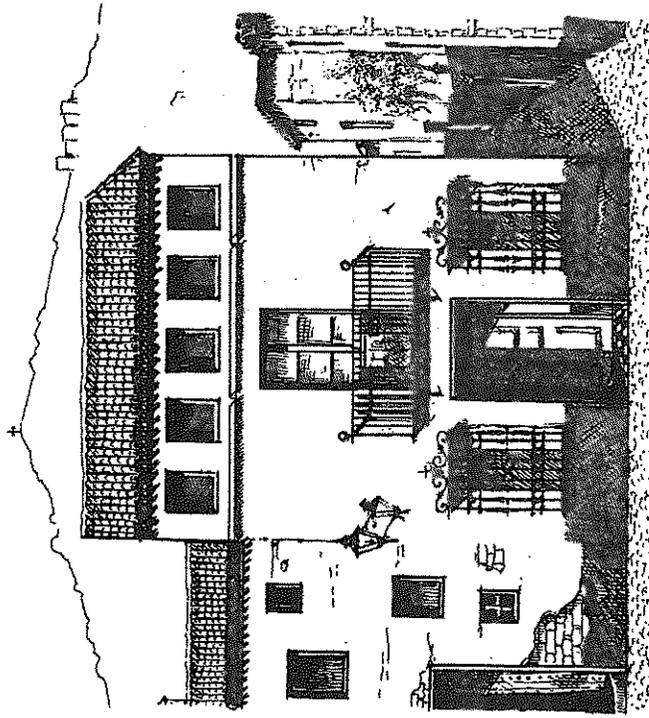
Viene esto a cuento en el conocimiento de un hombre que llegué a conocer y del que fui amigo hasta su muerte. Me refiero a Juan de Dios López Jiménez, un giennense que llenó una época de artista y que muchos recordamos por su obra. Era nieto de aquel importante hombre, Francisco López Vizcaíno que ha quedado también recordado sobre los pies de imprenta de muchos libros que salieron de sus tórculos en la vieja imprenta de la calle del Obispo, a espaldas del Ayuntamiento viejo y que también está inscrito en la nómina de los buenos poetas de finales del siglo XIX que tanta gloria tuvo en la creación y variados estilos de nombres que todos conocemos y que no necesito repetir de puro sabidos.

Juan de Dios López era de madera de artistas, como su hermano Jesús, pero Juan de Dios alcanzaba mayores perspectivas en su quehacer. Algún tiempo hubo de buscar su trabajo en labores distintas de la de su vocación como la de administrador de la estación de Jaén en la Compañía Nacional de Teléfonos, pero antes había manifestado su vocación artística y en plena juventud ejerció el cargo de profesor de dibujo en la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Era muy variada la manifestación de su arte. Practicaba con delicada minuciosidad la realidad del dibujo miniado, especialmente en pergaminos de los que hizo muchos hasta casi en la misma vejez. Fueron muy notables los pergaminos como el de "La Casa de los Uribe" del que hizo una amplia descripción don Alfredo Cazabán en los que dijo que "en elegante orla decorativa, muy bella en la sencillez y sobriedad de su composición se encierran los 32 escudos de casas nobiliarias que con la familia Uribe tienen entroncamiento, casas que son de la más rancia aristocracia española. El trabajo del Sr. López Jiménez tiene un exacto colorido heráldico y hay en la colocación de los escudos verdadero acierto en la variedad y armonía, lo cual matiza muy agradablemente la obra. El joven artista (era en comienzos de su labor) ha demostrado sus excelentes facultades para la reproducción heráldica, cosa no fácil y a la que pocos consagran sus aptitudes".

Otro pergamino en el que alcanzó un gran éxito Juan de Dios López fue el dedicado a D. Angel Cruz Rueda, en el homenaje que le tributó la ciudad de Jaén con ocasión de la concesión del premio nacional de Literatura. Asimismo don Alfredo Cazabán elogió la obra del artista que consideró como hábilmente miniado y dijo que la obra artística del pergamino está formada por tres secciones de cintas combinando en ellas volutas abarrocadas y llevando centrada en la parte superior del escudo la ciudad de Jaén.

Juan de Dios López fue nombrado en los años 40 delineante municipal y como tal realizó muchos y meritorios trabajos con depurada técnica y minuciosidad admirables. Como auténtico rey de armas buscó y plasmó en sus dibujos muchos de los títulos nobiliarios de la ciudad de Jaén y de la provincia y tampoco faltó otra faceta muy importante que fue la del dibujo de figuras, sobre todo el de la caricatura. Conservo la magistral caricatura del célebre personaje popular "Petrolo". Juan de Dios López era asíduo contertulio del puesto de refrescos que hubo en la Plaza de Santa María en el ángulo cercano a la escalinata del palacio obispal. Conservo también la fotografía en la que aparecen el atrabilario "Petrolo" un andaluz de Sanlúcar trasplantado a Jaén, cantaor de flamenco de primera calidad y hombre en el que la guasa y la campechanía se daban parejas. En esa fotografía aparecen el popular Manolito Ruiz Córdoba, Rafael Fantony, Eduardo Claver, Manuel Jiménez, el sastre de la "Real Casa" y Juan de Dios Jiménez, el autor de la caricatura. Era en el verano de 1910. Desde entonces ha llovido mucho, pero ha quedado un retazo de la historia viva de aquel Jaén entrañable de personas y personajes que todavía dicen mucho en su impronta vital. Uno de ellos, el de mi gran amigo Juan de Dios López.



Don Juan de Dios López Jiménez (1882 - 1975) y una muestra de sus interesantísimos dibujos: casa en la plaza de San Juan donde estuvo ubicado el Ayuntamiento de Jaén.

5.- De esta guisa se expresó FRANCISCO OLIVARES BARRAGÁN.

LOS ESCUDOS DEL CARDENAL MERINO

Quiero completar este año lo que escribí para la cena de 1985 haciendo un recorrido por los escudos del Cardenal Merino a través de los templos y otros edificios de la provincia.

Dejo a un lado los muchos que están representados en libros como el famoso Misal o en el Breviarium secundum consuetudinem sancte ecclesiae Giennensis o en otros muchos documentos de su época.

No es momento de hacer un estudio de cada una de estas iglesias ni de la relación histórica del por qué el escudo campea en sus portadas, torres o muros. Su sola presencia ya nos habla de su intervención o influencia por lo que quiero hacer un itinerario que sirva como guión para quien desee adentrarse en este, creo yo, interesante tema. El escudo tiene cuatro cuarteles sobre los que hay un águila explayada. En el 1.º y 4.º leones; en el 2.º y 3.º merinos.

En la Iglesia de San Pedro Apóstol de Sabiote, y en su portada sur o del Sol y enmarcado en el centro del frontón aparece un escudo del Prelado.

En Santa María la Mayor de Torreperogil es donde se encuentra más escudos del Cardenal, ya que existen cuatro: dos en las enjutas de la puerta norte, otro en la portada llamada del Sol sobre la columna que divide en dos la puerta de entrada y un cuarto en el muro exterior de la sacristía.

En Úbeda, y en la iglesia de San Pablo encontramos dos: el primero en una de las caras de la torre plateresca, octogonal coronada por ancho friso de grutescos y saliente cornisa, obra de Antonio Santero que terminó en 1537. Este es el escudo de mayores proporciones de los localizados. El otro de esta iglesia de San Pablo está situado sobre la puerta norte que fue mandada construir en 1485 por el Obispo Osorio, siendo reformada entre 1523 y 1537 por Merino.

En la misma Ciudad de Úbeda y en el templo de Santo Domingo de los Abades y en su portada sur, que fue labrada por el ubetense Diego de Alcaraz entre 1522 y 1525, aparecen dos escudos en sus enjutas.

En El Salvador de Baeza y en su sencilla torre cuadrada se nos muestran dos escudos en las esquinas y en la de San Andrés de la propia ciudad y también en las esquinas de la torre, igualmente cuadrada y

rematada por una crestería calada en flameros y gárgolas, hay otros dos.

En el templo de Santiago Apóstol de Begíjar, y en uno de sus muros laterales, existe uno y en el segundo cuerpo de la torre otro.

En Andújar y en el centro del friso que corre sobre la portada principal de la iglesia de San Miguel, y sostenido por dos angelotes, encontramos otro escudo de muy pequeñas proporciones.

En la Iglesia de S. Mateo de Baños de la Encina, y en la clave de la nave central se muestran las armas de nuestro cardenal.

Y ya en Jaén, en la Magdalena, y sobre una portada anterior gótico-isabelina, enmarcada con pilastras con haces de baquetones y rematada con flameros y crestería sobre cornisa a modo de alfiz, se colocó en el centro un altorrelieve de la Magdalena y a ambos lados los escudos de Merino, de traza renacentista, rodeados de guirnaldas de hojas de roble, obras, tanto el relieve como los escudos atribuidos a Vandelvira.

En la misma capital y en el Convento de Carmelitas Descalzas, y que fue Palacio de Merino, encontramos dos escudos. Uno en el interior del refectorio, sobre un vano, que en tiempos sería puerta o ventana. El otro forma parte del capitel de la columna que separa la escalera principal, encontrándose en este escudo la particularidad de que en los cuarteles primero y cuarto están los leones dentro de unos escudetes y rodeados de ocho aspas y en los segundo y tercero aparecen los merinos bajo un árbol rematado por una Cruz. En la parte superior falta el águila.

En el pueblo natal de Don Esteban Gabriel Merino, Santisteban del Puerto, apenas se encuentran huellas de él en cuanto a heráldica se refiere, ya que no participó en las obras de sus Iglesias, pues en su tiempo ya existían una románica, la de Santa María, que aún se conserva y otra gótica, cuya nave se hundió a finales del siglo XIX, siendo restaurada en el año 1904. A pesar de ello aún se puede ver un escudo en la coronación de un cuadro de pintura italiana que formaba parte de un retablo que regaló a su pueblo, otro realizado en hierro que remata el monumento que se le erigió en una plazuela de la calle donde nació, y un tercero en el interior de la Ermita en donde apareció la Imagen de la Virgen del Collado, patrona de la Villa.

Y ya para terminar este recorrido, lo quiero hacer en Roma y en su Iglesia de Monserrat en cuyo claustro se guarda el sepulcro de nuestro Prelado, que en magnífica estatua yacente de alabastro, y en uno de sus laterales campea su escudo que habla en la Ciudad Eterna de la presencia de este Príncipe de la Iglesia, honra y orgullo del Santo Reino.



Escudos del Cardenal Merino: En la Iglesia Parroquial de Torreperogil, en San Pablo de Úbeda y en Santo Domingo de Úbeda

6.- La intervención de nuestro Prioste, PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, fue de este modo.

UNA DE SOLDADOS ROMANOS

A la buena memoria de Rafael Ortega y Sagrista, cofradiero insigne, que tan rico legado histórico nos dejó sobre nuestra Semana Santa.

Pintorescas y anecdóticas han sido en diversas ocasiones, algunas reacciones de los componentes de las Agrupaciones o Centurias de Soldados Romanos, yo creo que motivadas en el fondo, por la seriedad y lo a pecho que se han tomado su castrense función en nuestras Semanas Santas.

Con las debidas diferencias diría, que la vestimenta o indumentaria romana, imprime a la persona que la lleva puesta, un carácter algo parecido al carácter que al Guardia Civil le imprime su tricornio.

Los resquemorcillos o celo que en ocasiones pasadas se despertaban por parte de estos entrañables y semanasanteros romanos, entre ellos mismos, hacia la Guardia Civil o hacia las mismas Cofradías, me dan pie por lo ingenuo y festivo del tema a intervenir esta noche.

En ese más que mar, océano de peleas que, cuidadosamente enfundados, medianamente catalogados y, casi nulamente fichados, se conservan en el Archivo Histórico Diocesano, por casualidad encontré unos curiosos papelillos que vienen al caso de lo que digo y, que con permiso de tan agradable concurrencia, voy a relatar.

Estamos en el año de 1912, concretamente en los primeros días del mes de marzo. Está próxima la Semana Santa, que en esta ocasión cae bastante baja. Andrés Cruz, como Presidente, y José Segundo, como Secretario, de la Centuria de Soldados Romanos de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Centuria constituida el día 1 de mayo de 1911 e inscrita en el libro de Asociaciones del Gobierno Civil, elevan escrito al entonces Obispo de Jaén, Don Juan Manuel Sanz y Saravia, Prelado que ya había sido designado Presidente de Honor de la dicha Centuria, el día uno de enero de 1912, "por unanimidad y con entusiasmo".

Inician el escrito, expresando su sentimiento por las dolencias que aquejan al achacoso Obispo y haciendo votos por su restablecimiento. Continúan esta primera parte expresándose con una simpática retórica,

y la finalizan diciendo, que por la brevedad del tiempo que resta para la Semana Santa, desechan todo escrúpulo para expresar sus anhelos.

Dice así la parte central de esta epístola, que la transcribo íntegra: “Es el caso Ilustrísimo Diocesano, que aunque profanos en materias canónicas y ayunos en preceptos teológicos, entendemos que los Soldados Romanos deben de ser los que escolten y den guardia de honor a la sagrada imagen de N. P. Jesús Nazareno, y no la Guardia Civil, muy necesaria ésta, donde no existan Centurias de Soldados del Imperio, de los Dioclecianos, Agripinas y Augustos, pero no para donde la remembranza de las tropas de los Césares está constituida, como acontece en Jaén, sin que esto signifique el más pequeño olvido de los respetos que nos merece tan Benemérito Instituto”.

“Fundamentamos este deseo —continúan—, en que en la época del Drama del Calvario, no había sido aún creado este Benemérito Cuerpo, que para la persecución de malhechores y garantía de vidas y haciendas, fundó el señor Duque de Ahumada, y por tanto, si hemos de estar atentos a la tradición, como tradicional es todos los años, el simulacro de la Pasión de Jesús en efigie, así, aunque los Soldados Romanos no seamos otra cosa, que una conmemoración de los que sirvieron con Cornelio y otros Centuriones, creemos noblemente que nos asiste el derecho a escoltar, preferentemente a otra fuerza, a N. P. Jesús Nazareno”.

En la última parte del sabroso escrito, hacen mención a que sólo les inspira un sentido de dar más esplendor al culto, no guiándose por egoísmos ni exhibiciones, como ocurre con otras escuadras, banderas y demás objetos, haciendo dispendios superiores a sus fuerzas. Finalizan pidiendo justicia, “justicia que pedimos de Su Ilustrísima como Jefe Supremo del Catolicismo de la provincia y como Presidente Honorario de esta Centuria, en unión del Excmo. Sr. Cardenal Primado de las Españas, de quien solicitamos su apostólica bendición”. Hasta aquí el escrito.

El día 11 de marzo, don Saturnino Sánchez de la Nieta, Gobernador Eclesiástico del Obispado, manda que esta petición pase a la Cofradía de N. P. Jesús para su informe, cuya Cofradía corresponde el día trece del mismo mes, justificando el que la Guardia Civil escolte a la sagrada imagen, en el sentido de que este Cuerpo tiene la doble misión de garantizar el orden, más amenazado que nunca por los enemigos de la religión, a la vez que dar el esplendor propio de una institución oficial y seria, y no ficticia como es la de los Soldados Romanos, aparte de que en la reunión que habían tenido días pasados con todas las centurias, habían quedado de acuerdo en que el orden de colocación en la procesión, se haría mediante sorteo, para ese año y los sucesivos.

Desde la fecha antes dicha, es decir, el once de marzo, hasta el ocho de abril en que data el siguiente escrito, pasó la Semana Santa, y algo grave y muy sonado tuvo que ocurrir en la procesión del Viernes Santo, a

tenor del oficio que la Antigua, Insigne y Real Cofradía envía a esta Centuria, expresando, que como consecuencia de las gravísimas faltas de respeto con que habían obrado en la referida procesión, promoviendo tan grandes incidentes que perturbaron de forma considerable el buen orden que debe existir en tales manifestaciones religiosas, y haciendo uso de las facultades que les concedían los artículos cuatro, quince y dieciséis de los Estatutos, habían acordado su total separación de la Cofradía, tanto de la Centuria como de sus componentes, privándoles asimismo de los derechos que como cofrades les correspondían.

En iguales términos se expresa la Cofradía el día once de Abril, correspondiendo a la reclamación que le hacía la Centuria. Los escritos iban firmados por Don Julián de la Paz, como Gobernador, y por Don José Quesada Cruz, como Vicesecretario.

Ante esta firme actitud de la Junta de Gobierno, a nuestros buenos Soldados Romanos no les queda más recurso que dirigirse a su Presidente Honorario, el Obispo, pidiendo árnica y justificando como pueden su actitud y comportamiento en la procesión.

Comienzan la súplica indicando que con fecha dieciocho de marzo, recibieron escrito del Vicesecretario, en el que les adjudicaban sitio en la procesión, concretamente entre la Verónica y N. P. Jesús, debiendo dar escolta de honor al gallardete dos números de la Centuria. Transcribo el párrafo siguiente: "Y así llegó la Semana Santa, y en uso de las facultades que nos concedía el dicho oficio, ocupamos el sitio que nos correspondía, cuando llega Don Miguel Cuenca, y de formas desusadas y groseras, lo que no se acostumbra en manifestaciones culturales, nos dijo que se.... limp..... el con lo dispuesto y con lo que se pudiera acordar en lo sucesivo".

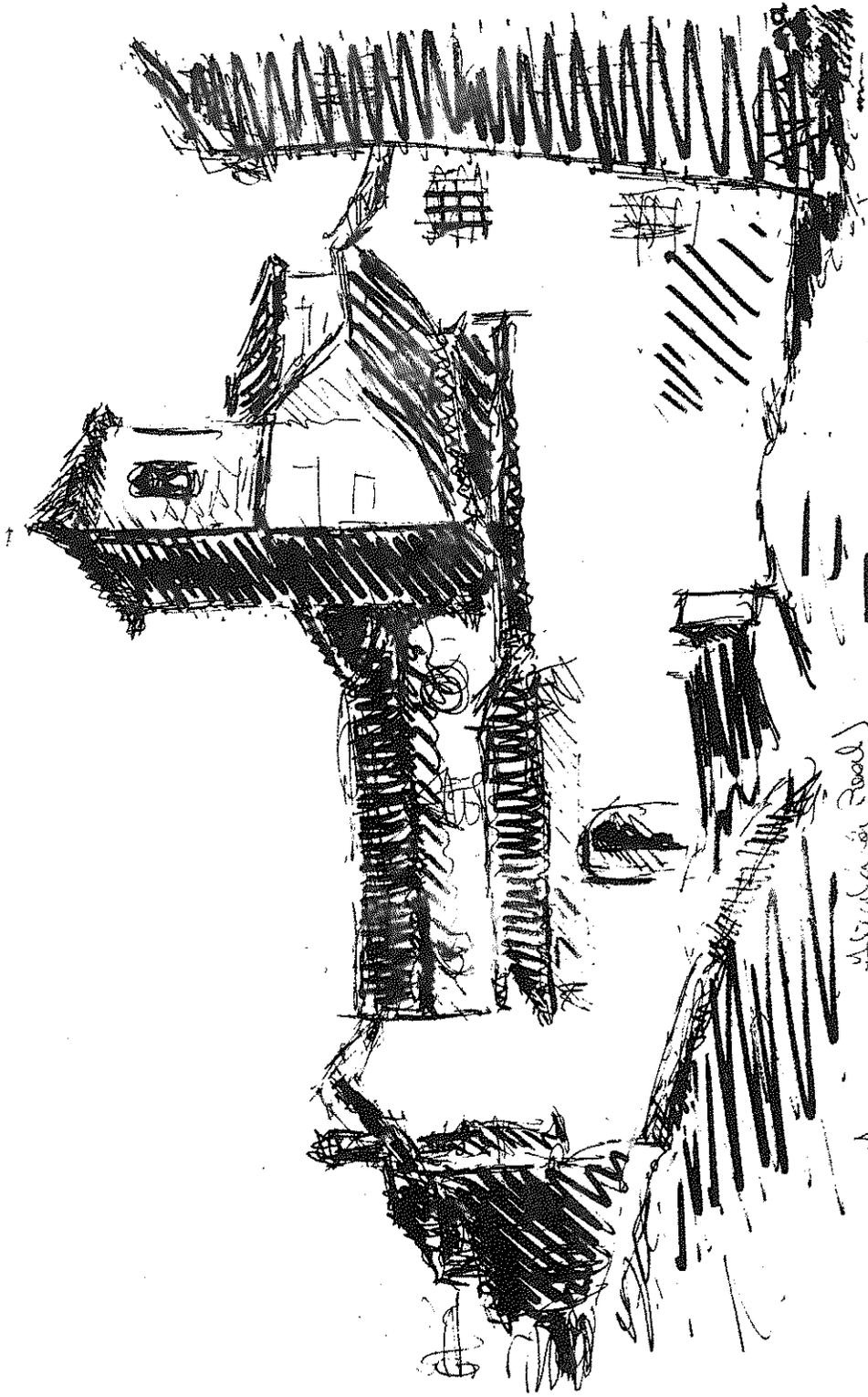
El cisco debió armarse rápidamente. El gallardete quedó malparado por los suelos. Cuando éste pudo al fin ser restituido a su sitio, siguió la procesión su marcha, al parecer sin más incidentes.

.....

Sonrisas y curiosos comentarios harían el Provisor Sánchez de la Nieta con su Obispo, comentando estos "graves problemas", cuando firmaban el escrito dirigido a la Cofradía pidiendo que por esta vez se otorgase generoso perdón a la Centuria, fundamentando esta petición en la benignidad y misericordia de la iglesia, lo que hacía natural que la dignidad eclesiástica lo hiciera siempre ostensible.

Naturalmente que la Junta de Gobierno no podía hacerse sorda ante esta episcopal petición y, en la junta de veintinueve de abril, dispusieron que volvieran a ingresar en la Cofradía los componentes de la Centuria, pero imponiéndoles como corrección por las faltas cometidas, la privación de voz y voto en las Juntas Generales, debiendo ocupar en lo sucesivo el lugar que la Cofradía les asignase, y con la inteligencia de que en el primer acto de hostilidad o desobediencia en que incurrieran, serían expulsados definitivamente.

Y aquí acabaron estas desavenencias, que yo creo que no volvieron a repetirse, con lo cual, el muy "limpio" de Don Miguel Cuenca, perdió la oportunidad de mostrar una vez más sus poco finas expresiones.



San Juan - Alcalá la Real
25 - XI - 65

Torre de San Juan, en Alcalá la Real. (Apunte de Julio Puga).

7.- DIEGO JEREZ JUSTICIA, nos leyó lo que sigue:

HA MUERTO UN BELÉN.

En estos días antesala de la Nochebuena, en muchos hogares de nuestra ciudad se monta un Belén. Presidirá la alegría navideña que aviva el amor familiar.

Corrientes modernas, producto de sutiles técnicas de propaganda e imitación tratan de reemplazarlo por el árbol de Navidad, quizás animados por el éxito de haber conseguido cambiar el refresco de zarzaparrilla por la Coca-Cola.

Este año habrá un Nacimiento menos, el que ponía en su casa Rafael Ortega y Sagrista. En la sala-comedor de su vivienda, acercaba a la pared una mesa tocinera que cubría con un rojizo crespón al que con todo cuidado prendía de ella con tachuelas. La tierra del "Zumel" se transformaba cada año en arena de Belén; el musgo de la Fuente de la Peña cubría pegado con cola los cantos rodados del río Guadalbullón que hacían de Montes de Judea.

En el río de trozos de cristal sobre serrín ponía los patos de cerámica a nadar y en la orilla una pastorcilla de barro cocido lavaba los pañales. No faltaban molino, carro, posada, castillo, pastores, ovejas, cabrillas... y los Reyes Magos que estaban puestos con esmero mirando hacia el Portal.

En la pared ángeles de corcho, estrellas de platilla sobre un fondo de papel con un paisaje de Israel, pintado con témpera y amor.

Unos cables con bombillas daban luz intermitente en el Portal y un rosado resplandor a la lumbre de un pastor.

Nunca faltó en este Nacimiento como árbol las ramas del olivo a las que nevaba Rafael con algodón.

Al lado del Belén una mesita con "Risol" que él mismo preparaba recogiendo finas hierbas por los pagos de la "Caserta de S. Rafael"; mantecados, alfajores para dar a los amigos que le íbamos a ver. Encima en el testero unos cuadros de granadas y de perdices y escribiendo siempre en un rincón aquel SanLucas que parecía tomar nota de todo y que tanto sabría de Jaén.

Este año por primera vez en mucho tiempo faltará Rafael a la Alameda en Navidad. Sólo las estatuas estarán. La mañana del día 25 sabía muy bien que era la única mañana que no había nadie en el paseo y él ambicioso de su tierra aprovechaba para ser gozoso y solitario paseante. Desde allí contemplaba en íntimo monólogo este otro gigantesco "Belén": los olivos, la Pandera, Puerto Alto, Jabalcuz, el color de los Zumaques, el castillo, el cerro de Aznaitin...

Cuando hace un año regresaba hacia su casa y presumía que era la última vez, al encontrar un amigo le pidió que al morir, se cuidase de poner una rama de olivo con él.

Al cumplirse lo temido este amigo al pasar junto a un olivo que hay en la ciudad, cortó la rama y cumplió con el deseo enterrándola con Rafael.



Pequeño Nacimiento en la casa de Rafael Ortega y Sagrista, puesto por él en la Navidad de 1987.

8.- El relator de todo el suceso, FELIPE MOLINA VERDEJO, dijo además:

SONATINA EN EL PARQUE

En el Parque, breve, desaliñado y cautivo de cementos, —¡no tenemos otro!— me vino el deseo de componer, pitoflero de ocasión, una pieza que abemolara la música del instante.

Cada lugar y cada momento tienen su música; es decir: un motivo que llevar, torpe o brillantemente, a partituras, a lienzos, a páginas que den testimonio de él en momentos futuros.

Y el otro día, paseando por nuestro Parque, pisando la alfombra dorada que otoño extiende en todos los jardines, hallé el motivo para este solo mío en el concierto de nuestra cena ritual.

Un melancólico recuerdo para los que, como las hojas, se nos han ido cayendo de las ramas de nuestro ya frondoso árbol. Y un amical saludo de bienvenida al que, brote nuevo, nos traerá brillantes acordes, en su condición de musicólogo.

Y esta fue la pieza que me motivaron:

*Para trovar los aires,
les solicito
alegres a las flores;
al agua, trinos.
Trémolos altos,
a las ramas desnudas
de los castaños.*

*Al compás de las alas
de las sisellas,
llenaré pentagramas
de azules neumas.
Y los parterres
serán, de los bemoles,
becuadros verdes.*

*De las nubes que ruedan
desde el Alcázar,
haré silencios blancos
a las Batallas.*

*Que su ruido
no ha de ser contrapunto
de mi motivo.*

*Retornelos los pasos
de los seniores,
darán a mi sonata
blandos acordes.
Y sus cadencias,
ecos para una coda
de solfas viejas.*

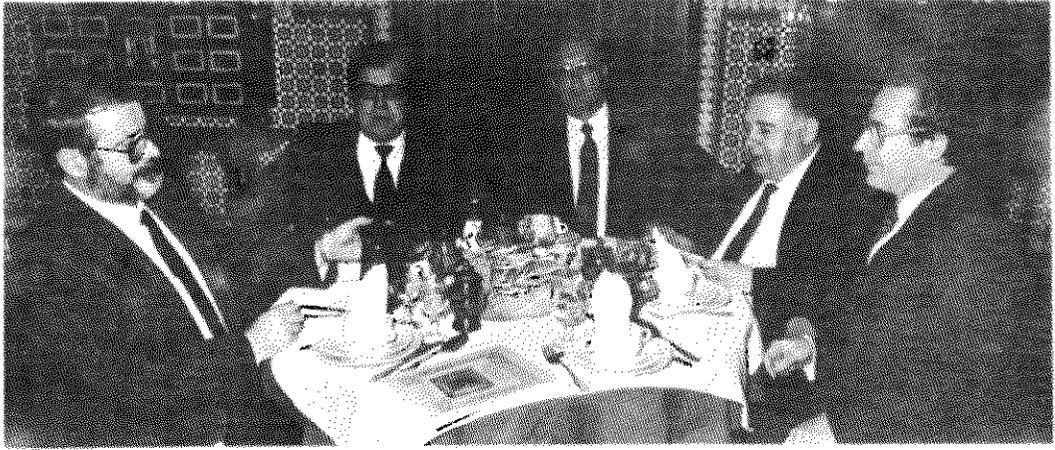
*Surtidores de fuentes,
arcos de plata,
con que pulsen sus cuerdas
violas doradas.
¡Que dejar quiero
mañanitas del Parque,
llenas de arpegios!*

*Un preludeo mestoso
de graves notas,
que traspasen la piedra
erguida y sola.
Menhir oscuro,
donde, al rozar, el viento
se vuelve músico.*

*A la piedra se asoma,
—perfil y gesto—
el que pautó sonoros
los aires nuestros.
¡Y hoy son atriles
de su orquesta las flores
de los pensiles!*

*Que levanten las plumas
más voladoras,
de marchas nazarenas,
polvo de notas;
que pulsen picos,
en el arpa del aire,
voces de un himno.*

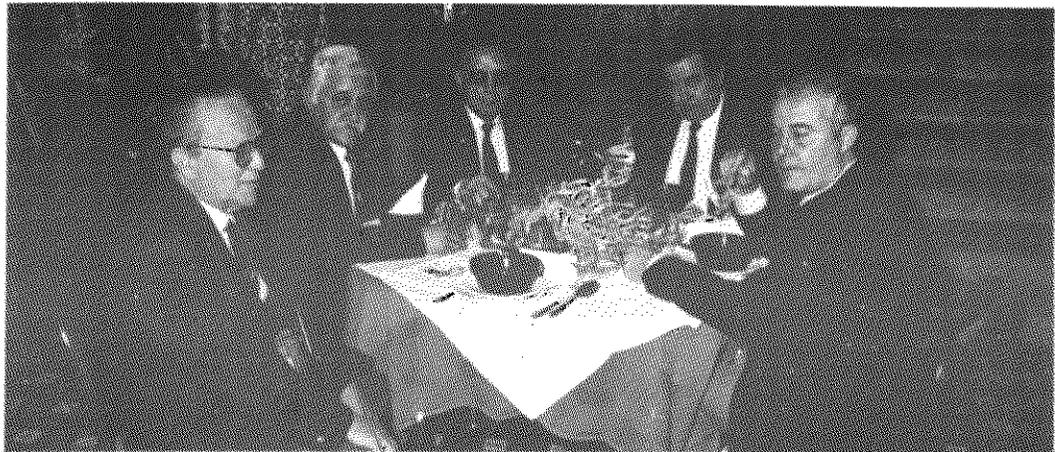
*Que en colores y alientos.
presto le llegue
una polifonía
de churumbeles.
¡Al escucharla,
lo envolverá la yedra
de la nostalgia!*



Angel Viedma, Fernando Lorite, Pedro Casañas, Vicente Oya y Pedro Jiménez.



Francisco Olivares, Manuel Caballero, Diego Jerez, Manuel López y Juan Miguel Jiménez.



Alfonso Sancho, Felipe Molina, Antonio Casañas, Miguel Calvo y José María Pardo.

9.- La voz de VICENTE OYA RODRIGUEZ, hablando de voces, se escuchó así:

JAÉN, TODO UN PRODIGIOSO CORO DE VOCES

En un precioso artículo, escrito no ha mucho por el académico, profesor Manuel Alvar, he podido leer que “una ciudad no es un amasijo de vías de comunicación y de servicios, sino una voz”. Porque la ciudad habla y tiene una voz inconfundible.

Al hilo de estas palabras, pienso que nuestra ciudad de Jaén no es sólo una voz. Es un coro prodigioso de voces que vienen del pasado y que proyectan sus humanísimas vibraciones en el presente y de cara al futuro.

Las voces características, con sus sonidos peculiares, entrañables, están como grabadas en ese grandioso magnetofón que es la Naturaleza y en ese órgano impulsor de nuestra sangre viva y caliente que es el corazón con el que laten nuestras inquietudes y aspiraciones de cada día.

Haría falta una pluma excepcional para describir esas voces de nuestro Jaén. Y un músico inspiradísimo para componer una partitura de voces y ruidos ambientales, esas voces y ruidos ambientales, tan nuestros, que son nuestra propia vida.

¿Cómo vibra nuestro Jaén en las manifestaciones populares religiosas? Hay muchos matices a la hora de hacer un registro. Con Nuestro Padre Jesús, “El Abuelo”, en la calle, se produce como un revuelo de fervores y se llega al delirio. Con la Virgen de la Capilla, la Patrona, el fervor depende ya del esfuerzo de los organizadores y el “¡Guapa, Guapa, Guapa!”, que corean los jóvenes, aupándola, de un tiempo a esta parte, parece más un editamento frente a la expresión espontánea de siempre. Voces diferentes son las que proporcionan las estampas romeras del Cristo del Arroz, la Virgen Blanca y Santa Catalina. Hay, en estas escenas tradicionales, unas sensaciones por, muy jaeneras, muy especiales. Todo es sencillo, ligero, abierto, cordial. El volteo de las banderas de la Divina Pastora, en la plaza de San Ildefonso, produce unos aplausos que nada tienen que ver con esos vítores estridentes que los hombres del campo lanzan a esa misma Divina Pastora cuando sale en procesión. La majestuosa presencia de la comitiva del Corpus, con la Catedral a todo órgano, o por la calle, en olor de multitudes, entre un repique general de

campanas, no es lo mismo que la silente procesión del Santo Entierro en la tarde dolorosa, dramática, del Viernes Santo. Cuando pasa la Colomera, camino del Cerro, hacia Sierra Morena, y exhiben los balcones y ventanas tiestos con olores de abril, arrastra por la calle ruidos de trompetas y tambores que nada tienen que ver, igualmente, con los de las jornadas solemnes y graves de la Semana Santa.

No hay dos públicos iguales. El ¡“Uuuuy...!” y el “¡Gooooo!” del Estadio de la Victoria rompen los silencios de la tarde dominical y sacuden de pajarillos los árboles del Paseo de la Estación. Éste es un ruido de público que tiene, entre nosotros, unas características especiales. Como las tiene el “¡Olé!” de una tarde taurina, en nuestra Plaza de Toros, sirviendo de contrapunto los bronces constantes, machacones, implacables, del esquilón de Las Bernardas. O como ese “¡Aaay!” colectivo que arranca de la caída de un jinete, en el Hípico de la Alameda, y que da al traste con las apuestas de sus incondicionales.

Hay palabras graves, solemnes, académicas, tal vez distantes, en las sesiones de la docta Corporación del Instituto de Estudios Giennenses y murmullo de conversaciones entrañables, cuasi familiares, durante las conferencias de tono coloquial, amable, familiar, de los Amigos de San Antón en el Arco de San Lorenzo.

¿Cómo olvidar voces características registradas en el magnetofón de la ciudad y del tiempo? Aquella voz del prior Manuel Maroto Castro, de San Ildefonso, que, con amplificador incluido, rompía los silencios de la calle en las procesiones del Señor de los Impedidos o en los Rosarios de San Bernabé, mientras los aires de Jaén se llevaban a los espacios murmullos de cánticos religiosos y puñados de Ave-Marías.

¿Cómo olvidar aquella voz de la figura entrañable del último deán de la Catedral de Jaén, también una de las últimas sotanas que cruzaban por nuestras calles, aquel doctor Agustín de la Fuente González? Ahí quedan, grabadas en nuestra memoria, con sus andares ceremoniosos, el tono de su voz, con sus expresiones características, como el “Amadísimos hermanos” con que iniciaba sus sermones. O aquella especie de “do de pecho” cuando pronunciaba el “Ite Misa est” de las grandes solemnidades, haciéndose su voz dueña y señora de la Catedral.

Y, sin salirnos del templo catedralicio, ¿dónde estarán remansados los cánticos de los canónigos, en el coro, sino en el recuerdo? Quedan los rezos piadosos, permanentes, como de chorro de agua que cae en la fuente, de las monjas que vibran en nuestros viejos conventos de las Carmelitas, Santa Clara, Las Bernardas, Santa Úrsula, las Dominicas...

Voz de Jaén, ruido de Jaén, ambiente de Jaén, es el viento que nos llega de Jabalcuz. En los días invernales zarandea los árboles, mueve las puertas, toca las campanas, rompe cristales, lanza las tejas sobre el asfalto. Es un ruido nuestro, característicamente nuestro, que nos acompaña siempre. Es el viento cantado por Antonio Almendros Aguilar en un hermoso soneto, hermosamente descriptivo, que dice así:

*“¡Oh tú, ruidoso precursor de aguas
que dejas el Neveral, lanzando quejas,
el pueblo corres derribando tejas,
capas batiendo y levantando enaguas!*

*Tú has dado el cese a mantos y paraguas,
tú eres el “bú” de niños y de viejas,
tú avisas bien cuando los soplos dejas
del dios lisiado las ardientes fraguas.
¡Arrecia más aún!, brama y aúlla,
llena el espacio tu bramido ronco,
que, cuando alegre yo mi lecho mulla
y cuando en él me tumbe como un tronco,
hemos de ver, ¡pardiez!, con tanta bulla,
si roncas tanto tú como yo ronco”.*

¡Roncar en Jaén! Otro de nuestros sonidos característicos. Las inclemencias despiadadas del calor en el estío y la penuria en el empleo obligaron muchas veces al trabajo corto, a la siesta larga y al ronquío.

No son iguales los ruidos de nuestros barrios dentro de la misma ciudad. Nuestra ciudad se recoge por el monte en la ladera y se expande hacia la llanura. El ambiente silente de las callejas y plazoletas de la Magdalena, San Juan, la Merced, San Clemente o San Bartolomé, está muy en contraste con el de ese Jaén moderno, donde, a la puerta de “Los Pubes”, en esa hora de la anochecida, de cuando las viejas novenas, se concentran centenares de jóvenes. Chocan cultura y civilización y, en diversos niveles, tradición y modernidad.

Por otro lado, no es lo mismo un Cabildo de la Santa Capilla de San Andrés que una reunión de los costaleros de la Cofradía del Cristo de la Clemencia en la Magdalena. Como no es igual un concierto de nuestra Banda Municipal de Música en el templete del Parque de la Victoria que una sesión de las tradicionales semanas del Premio Jaén de Piano.

Todo es interesante y se registra en nuestro magnetofón. ¿Cómo olvidar el ruido de las grajas de la Catedral, cuando vienen de los campos al atardecer o cuando, al amanecer, levantan sus velos para irse a las huertas que riega el Guadalbullón?

¿Cómo perderse esos fenomenales conciertos que nos dan los pajarillos en los árboles de la Alameda, en el Parque de la Victoria o en el Paseo de la Estación? Son los mismos pajarillos, tal vez, pero la música que “producen” tiene los matices de cada uno de esos lugares.

Una cosa que me ha impresionado siempre son las voces de las gentes que vienen de nuestros pueblos. Son voces acumuladas a las voces de Jaén. Con el soniquete gracioso de los de Pegalajar y el deje final de los de Martos, los seseos singulares, expresivos, distintos, de los de Torredelcampo, Andújar, Arjona o Baeza, en contraste con otros tonos que nos parecen tal vez más broncos, pero siempre entrañables, de las voces que llevan de Lopera y Porcuna. Y la claridad castellana, no

exenta de cierta pastosidad manchega, de hombres y mujeres que vienen a Jaén desde los pueblos de las Sierras de Segura y de Cazorla.

Para el recuerdo, avivado siempre por el afecto personal, nos quedará permanente aquella voz pausada, tranquila, familiar, de Rafael Ortega y Sagrista, nuestro contertulio, que rezumaba señorío y transmitía el latido de viejas culturas y la honda sabiduría popular que luego vertía en artículos deliciosos.

Cuando Dios quiera llamarme de esta a la otra orilla me gustaría llevar conmigo, si ello fuera posible allá en el otro mundo, el registro de todas esas voces, de todos esos sonidos, de nuestro Jaén, que están como grabadas en el magnetofón gigante de la Naturaleza y en la memoria de nuestro corazón.

Jaén no es sólo una voz. Es un coro de voces. Un grandioso concierto que podemos escuchar por encima de los ruidos de la hora presente. Al fin y al cabo, algunos ruidos que desafinan, en el concierto espléndido de nuestro Jaén, son una mueca que pregona la derrota de ruidos impuestos. Porque siempre estará ahí, manifiestamente clara, la voz oculta, serena, insuperable, que tiene nuestro Jaén. Basta que la descubramos a cada instante. Si eso es así seremos autores e intérpretes en ese concierto que nos han regalado los siglos.



Martos.
Parras

Vieja Torre junto a la Iglesia de la Virgen de la Villa en Martos. (Dibujo de Alfonso Parras).

10.- Finalmente, MANUEL CABALLERO VENZALÁ, nos leyó esto que traía escrito:

ROSAL DE ALABANZA Y ORACIÓN EN HONOR DE NUESTRO SANTO PATRONO

*Sea por siempre ensalzado
el bendito San Antón,
el viejo de blanca barba,
de animales protector.*

.

*Bendita sea la rosa
que en sus manos floreció
en una noche de invierno,
cuando helaba con rigor.
Bendito el viento que puso
el vuelo de su canción,
cuando el Ermitaño alzaba
las manos hacia su Dios.
Bendito el pájaro leve
que mansamente silbó,
cuando al Abad le azotaba
una recia tentación.
Bendita la luna cándida
de divino resplandor
que iluminando sus noches
sabandijas espantó.
Bendito sea, bendito,
y más bendito que el sol,
el que nos conserva unidos
en santa congregación.*

.

*Por nos, que somos tan pobres,
ruégale a Dios, gran varón,
y que en el cielo entonemos
este cantarcillo en flor:
"Gloria al Padre, Gloria al Hijo
y al Espíritu de Amor,
a la Pura y Santa Virgen,
y a tí, buen Abad, Antón".*

*MANUEL CABALLERO VENZALÁ.
(Coplero de S. Antón Abad).*



San Antón Abad. De la Iglesia Parroquial de Aldeaquemada.
(Fotografía cedida por Don Enrique Martínez Ruiz).

11.- JUAN CASTELLANO DE DIOS, entregó este evocador recuerdo.

Queridos amigos:

Los últimos días de aquel mes de octubre de 1979 se sucedían adornados por las primeras hojas amarillentas de un otoño suave, tan características en nuestro Jaén, con arreboles de chopos y caquis y con el ya incipiente rojizo de los zumaques que coloreaban por los ribazos de Jabalcuz, Riocuchillo y Puerto Alto.

Se aproximaba, pues, la tradicional cena de Santa Catalina que pretendían organizar los Amigos de San Antón, como segundo año consecutivo y aquel 24 de octubre, día de San Rafael, organizamos una excursión al campo para buscar las yerbas tradicionales para la elaboración del resol: yerbabuena, yerbaluisa, mejorana y toronjil. Dolores Jiménez, madre de mi compañero Ignacio de la Casa, "mujer cien por cien de Jaén y de sus campos" (en palabras de Rafael Ortega y Sagrista) quería obsequiarnos con esa bebida tan jaenera que aparecía a los postres. Las yerbas había que secarlas a la sombra y ese proceso llevaba días, por lo que salimos a buscarlas.

Me llamó Ignacio, mi amigo y compañero, diciéndome que Rafael Ortega y Sagrista se prestaba gentilmente, aunque fuese el día de su onomástica, a llevarnos en su coche. A los pocos minutos bajábamos por la pendiente de la calle Empedrada de San Ildefonso y salimos al Recinto. Nos detuvimos unos momentos en el jardín de "La Violeta", que está pasado el puente de la Alcantarilla. Ignacio buscó al propietario, que no apareció a pesar de haberlo llamado con voz fuerte varias veces. Consecuentemente el coche se llenó de aromas de un gran ramo de yerbaluisa, con el doble atractivo de no tener que pagarlo: "lo que es de España es de los españoles". Rafael, que todos los aquí presentes lo conocíamos perfectamente, aceleró su coche algo más de lo debido por si aparecía el dueño del jardín. Salimos a la carretera de la Fuente de la Peña, cuando todavía el Sol iluminaba el valle de Riocuchillo. Pasado el pequeño puente y cerca de Jabalcuz, hicimos alto en la casería de Don Bernabé Soriano, de la que solamente quedaban, desdichadamente, unos paredones. Se accedía a la señorial casona por un camino bordeado de adelfas y de arbustos de lilas. Al final del sendero y protegidos por la umbría de palmeras y cinamomos, sorprendimos a una pareja de novios

que se regocijaban en la abrigada intimidad de su coche. Recuerdo que Rafael, con su fina ironía y humor que la adornaban, comentó: "Ea, ya les hemos estropeado la tarde". Los jóvenes se fueron en el coche a la búsqueda quizás de otros escenarios con menos auditorio. En aquel jardín cogimos el toronjil. Aún pueden verse en estos restos de la casería unos bancos situados alrededor de una fuente con surtidor todo de una gran belleza.

Nuestra próxima visita fue al "Cortijillo de la Encina", precioso lugar ya pasado Jabalcuz. Junto a la casa-cortijo había unos arriates donde abundaba la mejorana, ya yerba más difícil de conseguir. El procedimiento fue el mismo que el utilizado en el jardín de La Violeta. Rafael se quedaba asombrado al ver con la facilidad que Ignacio adquiría las yerbas. Ya teníamos, pues, lo que buscábamos. La yerbabuena la cultivaba Dolores en su patinillo de la calle Juan Rincón, en el barrio de Belén a la espalda de la calle de las Animas.

Rafael nos propuso llegarnos a "Villa María", en las revueltas que llevan al Puente de la Sierra. Esta casería fue de su abuela Doña María de Bonilla, donde nuestro malogrado amigo veraneaba de pequeño. En aquellas calurosas siestas, atormentadas por los acordes del piano, en que alguien asesinaba a Beethoven, el niño era feliz buscando nidos, coleccionando cigarras, saboreando rebanadas de pan con mermelada de tomate. Rafael nos dijo: "aquí pasé los años más felices de mi niñez". De mi abuela, muy ordenada, aprendí aquello de... cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa". "Mi abuela había hecho plantar rosales silvestres y, en primavera, nuestra casa estaba deliciosamente invadida por el perfume de ramos formados por azucenas, rosas y lirios reales". "Crecían también violetas y narcisos que cogíamos en invierno". Desde la terraza que hay delante de la casa se veía una hermosa perspectiva de Jaén, con los cipreses del Portón de los Leones y al fondo la dorada silueta de nuestra catedral. A la vista de aquel paisaje, recordábamos lo que se escribía en las tarjetas postales entre las muchachas y muchachos del Jaén ya desaparecido cuando llegaba el Santo de alguno:

*"Si yo tuviera dinero
como tengo voluntad,
te regalaría Jaén entero
con su hermosa catedral".*

Dimos una vuelta por la finca y saboreamos los primeros caquis de la temporada y los últimos higos, con su dulzura auténtica de la fruta que madura en el árbol. Se accede a esta finca por un camino infame donde abundan los zumaques, arbustos muy apreciados antaño que se vendían a los tintoreros para colorear las pieles curtidas.

Finalmente nos acercamos a "San Rafael", casería situada a espaldas del Zumel Bajo, propiedad de los hermanos Ortega y Sagrista. Aprovechando los últimos rayos del Sol, Ignacio nos hizo unas fotos a Rafael y a mí, que han quedado como recuerdo imperecedero de aquella tarde

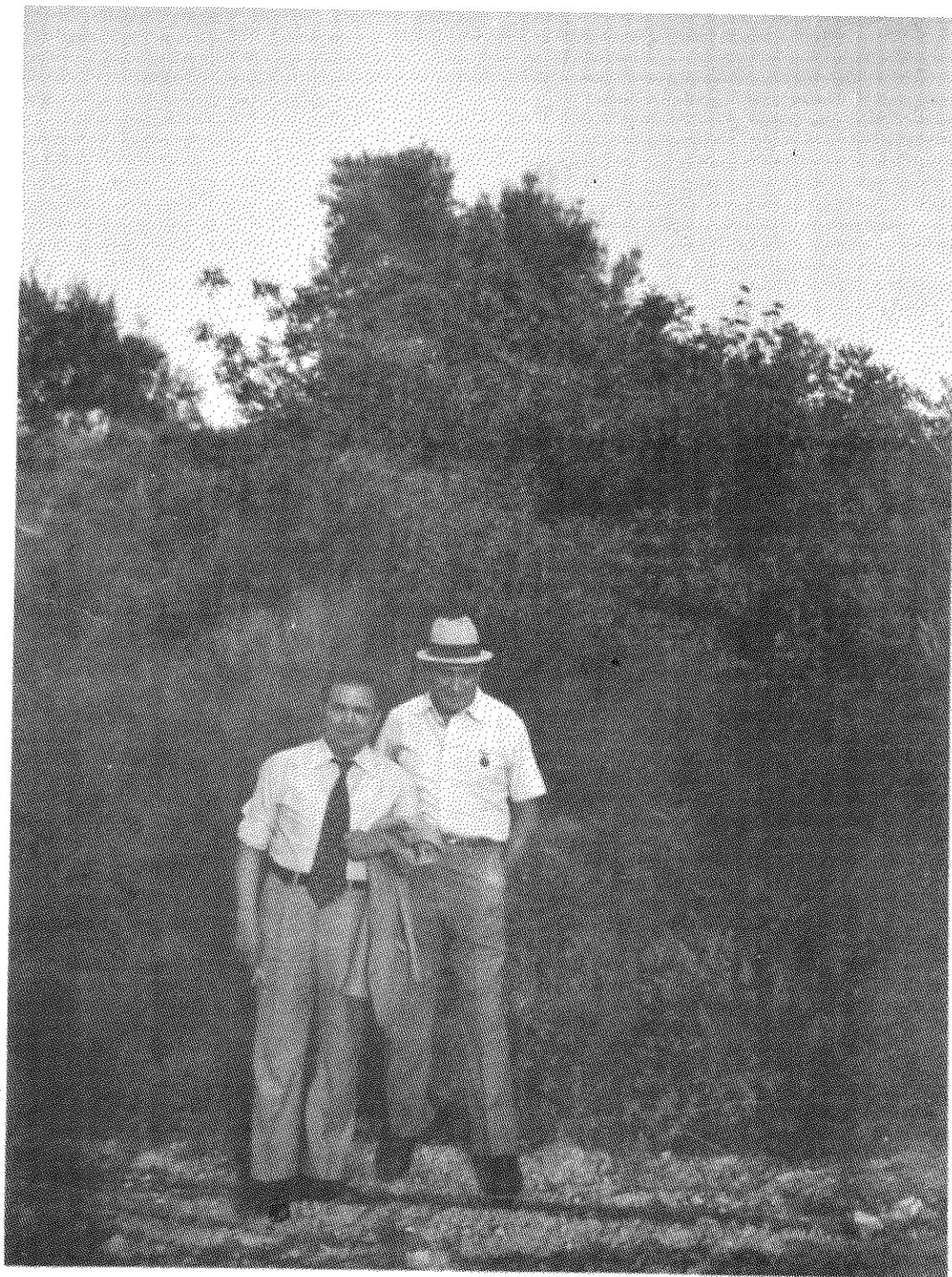
otoñal. Luego trepamos por la colina que hay detrás de la casería, desde donde pudimos recrearnos con unas vistas maravillosas del castillo y de Jaén.

Regresamos a la casería "San Rafael" y allí Rafael nos fue mostrando todos sus departamentos y los enseres que en ellos se guardan, todos con mucho valor e historia. En esta ocasión saboreé todo con más detenimiento y pensé que aquel lugar será idóneo para celebrar nuestra segunda Cena Jocosa. Se lo insinué a Rafael y me contestó que si allí cabíamos todos, que desde aquellos momentos podíamos disponer de la Casería y de todo su contenido. Informé debidamente a nuestro Prioste, el cual se desplazó inmediatamente y de común acuerdo con Rafael Ortega y Sagrista, se hicieron todos los cambios precisos y allí, a Dios gracias, se celebró la Cena de 1979, que resultó extraordinaria y que todos recordaremos mientras estemos en este mundo.

Volvíamos a Jaén al anochecer, cuando ya el crepúsculo se apoderaba poco a poco de los campos de olivos, de las "Peñas de Castro", de las colinas de "Pedro Codes", cuando la serenidad y el equilibrio que se desprende de estos lugares llenaban de paz nuestros corazones. Tarde inolvidable bajo el signo de la amistad y la evocación nostálgica de momentos felices ya pasados, de personas que se fueron.

.....

Dolores hizo el resol y me envió tres botellas. Pocos días después de la Cena de Santa Catalina, celebrada en la Casería "San Rafael", Rafael Ortega comentaba: "Juan se entretuvo en bautizarlo con aguardiente y el sabor de las yerbas brilló por su ausencia, pero estaba bueno".



Juan Castellano de Dios y Rafael Ortega y Sagrista, (Octubre de 1979).

12.- Esto hubiera leído MIGUEL CALVO MORILLO:

CANTO A CAZORLA

*Yo te canto Cazorla del amor, la leyenda
y el viento, porque eres reina de las cumbres
y guardas en tu seno el misterio del agua
para que se haga río cuajado de armonías.*

*Canto al temblor inicial de tus huellas romanas,
plinto donde te alzas valiente como un grito,
elevando hasta el cielo la luz de tu belleza
que reluce en el alma de la cal y la roca.
Canto al facistol, cuna de viejos códices,
que aprisionan el verbo de profundos latines.
Al pectoral y al báculo, esencias toledanas
de arzobispos guerrenos; al medallón patricio.*

*Lo árabe y lo cristino en tu crisol se funden.
La palmera se yergue junto al callado olivo,
mientras los pinos, en gótica emergencia,
abrazan la quietud serena de tus sueños.*

*Tu inefable pasado florece en el presente
glorioso de tu estirpe. Y eres fértil espiga
de un trigo generoso en pan y capitanes,
que se ha multiplicado a través de los siglos.*

*Junto a la retadora Peña de los Halcones,
que con el cielo mide su estatura, discurre
el Cerezuelo, breve como un suspiro, y deja
por tu seno la impronta de su gracia escondida
desbordada en jardines —remanso de fragancias—,
que embalsaman tus tardes cuajadas de reflejos.*

*En el verde silencio, tus amplias lejanías,
atalayan el cárdeno fulgor del horizonte.
¡Cazorla, barandal para gozar paisajes,
remanso del espíritu, consejera del alma!*

*La historia se detiene en tus piedras silentes:
Castillo de la Yedra, o el de las Cinco Esquinas;
verticales recuerdos, alcándaras gloriosas
en las que se posaron las águilas caudales.*

*Sueña el renacimiento, y late emocionado
el capitel hundido, la cúpula truncada;
áureas ruinas, muda soledad sin destino
añorando campanas que canten a María.
Las brumas te coronan la frente con el velo
de las vírgenes, y eres novia del sol
y de la noche que te obsequia su luna,
ramilletes de nubes y collares de estrellas.*

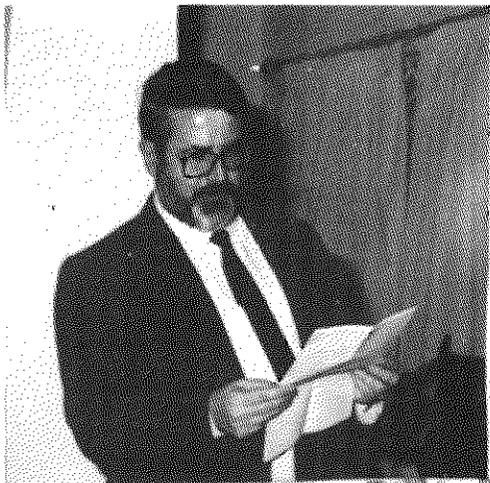
*¡Cazorla! rueca oculta que hilas de plata
de Argentaria, y la tejes río de líquida hermosura,
para el esquife azul de tu melancolía
que boga hasta Sanlúcar con mensajes celestes.*

*Por eso yo te canto, sede de San Isicio,
flor del Adelantado, frontera de Castilla,
sendero de Granada, gavilla de la Historia.
Y, solo, piedra arriba, por tus barrios me pierdo.
En la Peña del Rey, en la Hoz, en el Castillo...,
buscando los crepúsculos de rosados matices,
las noches perfumadas, el silencio preciso.
¡Ay, calle de las Monjas, Arco de Caldereros,
donde jazmín y nardo aprenden sus blancuras!*

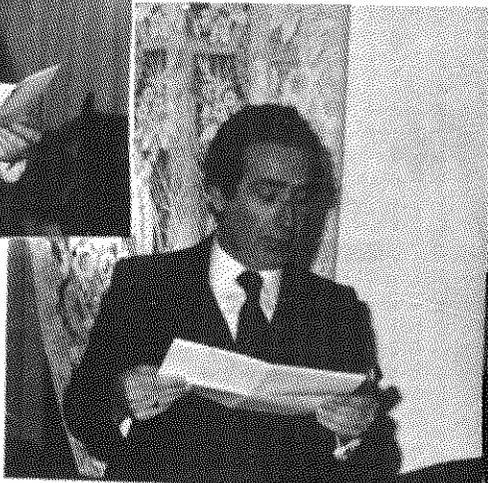
*En el mar de tu sierra, retablo en verde llama,
los enebros y encinas, los robles y madroños,
custodian la violeta en cofres de romero.
Y vibra rutilante tu belleza serrana
en la elegancia esquiva de ciervos y muflones,
en cabras montaraces, en corzos fugitivos,
en tórtolas que arrullan y en tímidas palomas.
Corren las lagartijas como joyas vivientes.
El pez se hace diamante en los dedos del agua.
Y el vuelo mayestático de los quebrantahuesos
con águilas y halcones te blasonan las cumbres.*

*El tiempo se remansa camino del otoño.
Muele el agua recuerdos y el silencio se agranda
para que la oración, como nítida ofrenda
que nace desde el alma, reverbere en los labios,
y florezca el prodigio del Cristo del Consuelo.
Milagro del amor para el pecho implorante,
que acude a las orillas de su divino cauce
y ofrece a manos llenas promesas que son salmos,
oraciones y lágrimas, y el beso enamorado
como lirio de luz que acaricia su frente.*

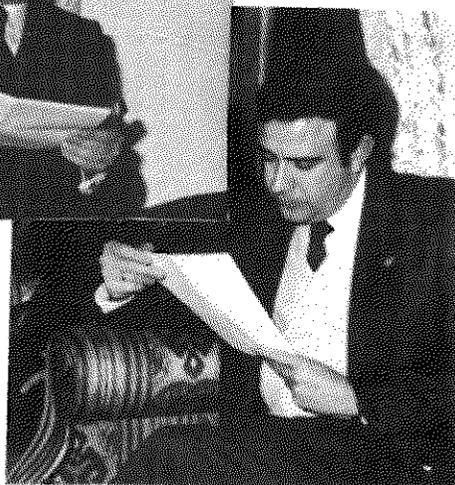
*¡Para tí va mi verso, Cazorla del amor!
¡Cazorla de la estrella! ¡Cazorla del encanto!*



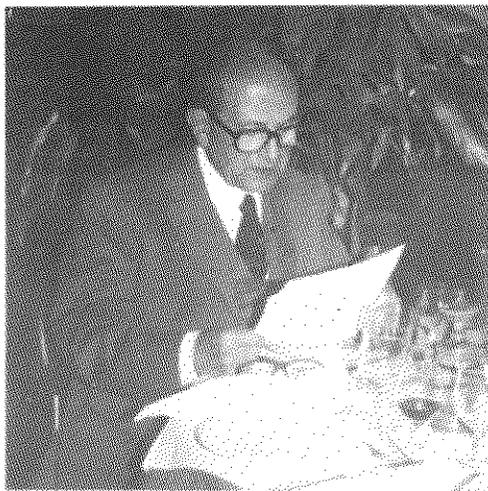
Angel Viedma.



Pedro Jiménez.



Manuel López Pérez.



José Chamorro.



Francisco Olivares.

Unos que hicieron el gasto... del uso de la palabra.

13.- Lo que traía escrito ANTONIO MARTOS GARCIA, y que a continuación podemos leer:

*En memoria de D. Rafael Ortega,
pregonero de todo lo jaenés.*

Amigos:

Gracias sean dadas al Prioste que, además de convocar a tan señalada cena, permite expresar sentimientos y vivencias que, no por comunes, resultan menos queridos.

En uso de tan generosa como inmerecida licencia, quiero recordar con vosotros aquellos no tan lejanos tiempos, en los que nuestro Jaén, al igual que el común de sus moradores, gozaba de gran sosiego.

Sentado en el balcón, entre macetas de albahaca, jazmín y galán de noche, las cortas piernas pendiendo en el vacío, uno podía pasar las horas contemplando aquella maravilla de larga traza y color lechoso, a la que los mayores llamaban "Camino de Santiago" y otros, los más ilustrados, "Vía Láctea".

Las campanas de todas las iglesias y conventos, señoreaban la Ciudad y sonaban, graves las horas dadas por la de San Juan, reloj que gozaba de gran predicamento por su exactitud.

Del de San Ildefonso, no se podía decir otro tanto, ya que, cuando las daba, lo hacía con notable diferencia.

Ello motivó que un relojero, vecino por entonces de aquella plaza, pusiera en su establecimiento un letrero de más o menos este tenor: "En esta acreditada casa, no se repara el reloj de San Ildefonso". Procuraba, de esta forma, acallar habladurías.

Ignacio, apodado el "Mónico", reputado esquilador que tenía montada su industria en la calle de Tosquilla, frente a la de Lizaderas, al oír el toque de difuntos de no importa qué parroquia, soltaba los trebejos, requería su larga vara, y con un: "Con Dios, señores", abandonaba la faena ante la desesperación de la clientela que sabía no volvería más, por que el "Mónico", en eso de los entierros, era muy serio.

Acompañaba al difunto hasta su última morada y a la vuelta, recalaba en la "Venta de Cañero", porque no era nada raro, debido a extendida costumbre, que el fallecido hubiera dejado por manda una arroba de vino en tal lugar pagada desde mucho antes de tan luctuoso suceso.

De no ser así, él, en unión de otros devotos y a escote, daban buena cuenta de las existencias que la tal venta atesoraba.

Teniendo presente el índice de mortalidad que por aquellos tiempos corría, comprobaremos, no sin sobresalto, el mucho träsiego que debió de realizar el mentado por mor de tan piadosa obra de misericordia.

La "Rincona" —largueza en la estatura, poquedad en la carne— puesta en la esquina de la calle Vandelvira con la de los Azulejos, lanzaba estentóreo Cristobalina, dejando flotar en el aire, en interminable eco, la última vocal de tan gritado nombre.

Parecía imposible que de tan hundido pecho, saliera tan potente torrente.

Los chiquillos, sobrecogidos por la hazaña, suspendíamos el juego y, sentados en los escalones, esperábamos expectantes el resultado de tan sobrehumano berrido.

Media hora después, y surgida de las profundidades de la Cuesta de los Carneros, jadeante por la mucha pendiente, aparecía la así nombrada en respuesta a tan tarzanesca llamada.

Se jugaban en plena calle interminables partidos de pelota, sin otro sobresalto que el "pacú, pacú" del camioncillo de la fábrica de cerveza que conducía Manuel "El Planchao", o la súbita aparición de Mariano, el guardia municipal, lo que producía general desbandada al grito de "suri, suri, suri".

El personal, sin ningún reparo, tomaba el sol al tiempo que paseaba, ocupando la carretera de Madrid. Los más atrevidos tenían fijada la meta en el Sanatorio de "Los Prados".

Se oían los alegres sonos salidos de un organillo parado ante cualquier lejana esquina, y cuyo manubrio era empuñado por la "Coja del Piano". Se escuchaban, nítidos, todos los pregones de los que ya quedaron constancia en pasada cena.

Los encargos más urgentes, eran encomendados a un personaje de caracolesco andar y saludador de hasta las farolas, que tenía como remoquete el de "Vedrines", en contraposición al que fuera as de la aviación.

La mayoría de las casas, sólo tenían dos plantas. Las había que llegaban hasta cuatro, las menos, y estaban provistas de anchas escaleras con mamperlanes de madera y rica baranda de hierro, donde los vecinos, al encontrarse, iniciaban cualquier tipo de conversación o daban cumplido tiento a la ubriqueña petaca.

Eran escaleras de convivencia, con descansillos que hoy sería habitaciones.

Un alcalde, que quiso ver a Jaén convertido en una ciudad moderna, puso guardias alrededor de la Plaza de las Palmeras y en la cuesta del Cervantes, allí donde la Carrera hace curva.



Pedro Casañas.

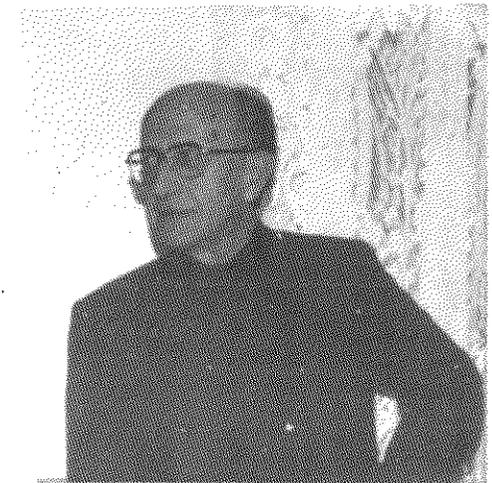


Diego Jerez.

Felipe Molina.



Vicente Oya.



Manuel Caballero.

Y otros que también hicieron el gasto... del uso de la palabra.

Llamó al paseante peatón, y le obligó a ir por el acerado y a no cruzar la calle hasta que lo consintiera la superior autoridad del guardia.

Acodados en la barandilla de la Carrera, muchos contemplaban aquel trajín al tiempo que hacían jocosos comentarios y algún que otro chiste.

Eran dignos de oír los potentes pitidos que daban cuando barruntaban la cercanía de un vehículo que, con asmático ronquido de su viejo motor, se aproximaba lento debido a la escasa potencia y a la mucha cuesta.

Impresionante era el braceo que servía para indicar, a dos o tres viandantes que había en la acera, que tenían su autorización para cruzar la calle.

La plaza quedó solitaria, con sus palmeras y la estatua de D. Bernabé Soriano en el centro, porque, para más inri, habían prohibido a los charlatanes que dieran allí su inigualable espectáculo de ventaficción.

Fue como una premonición.

Al apandar tan deslavazado manajo de recuerdos, he pretendido recordaros que nuestra Ciudad era limpia de aire, de ruidos y de circulación rodada, donde las personas tenían su cotidiano roce.

Si tan embarullada retahíla lo ha conseguido o no, es cosa que vuestro superior discernimiento fallará.

Gracias por vuestra paciencia.

14.- Se cierra este capítulo de comunicaciones, con un recuerdo emocionado de LUIS BERGES ROLDÁN, hacia Rafael Ortega y Sagrista.

Ciertamente, no sé como comenzara mi amistad con Rafael Ortega. Debí ser cosa de familia porque, siendo yo niño, sus padres y los míos constituían dos parejas de buenos amigos.

Recuerdo a doña Isabel Sagrista y a don Ricardo Ortega ir a casa, la entrañable casa de mis padres en el número once de la Carrera de Jesús, frente a la plaza de Santa María, en aquellas severas y un tanto protocolarias visitas al caer la tarde que se hacían los mayores, y en las que se reunían en la pieza más elegante y mejor reservada de la casa, la que en la nuestra se denominaba la salita, elegante, limpia, con hermosa cancela acristalada mirando a la fachada Oeste de la Catedral, por donde entraban acontecimientos a raudales de luz, amortiguada después por visillos de tela de blanca gasa y severas y olorosas cortinas de pana azul acanalada.

En aquella clase de visitas, era ritual el hacernos entrar a la chiquillería, ponernos en fila por orden de aparición en la escena de este mundo y recibir azorados besos y elogios a nuestro buen aspecto y normal crecimiento, mientras esperábamos con impaciencia el momento de ordenarnos romper filas y de desaparecer a tanta seriedad.

Ambos matrimonios viajaron juntos por Europa en aquella ocasión promovida por la Diputación Provincial, en la que un arquitecto y un médico habrían de recorrerse los establecimientos psiquiátricos mejor dotados, para que mi padre redactara después el proyecto del Sanatorio de "Los Prados".

Aún recuerdo con nitidez la transparente y frágil belleza de doña Isabel; y la voz grave y particular de don Ricardo, voz tan particularmente vibrante, que los crios luego intentábamos imitar.

Después, murió don Ricardo y más tarde mi padre. Y las dos viudas siguieron cultivando su amistad, por la cual recibí de doña Isabel ayuda en aquellas jornadas granadinas del espantoso Examen de Estado.

Rafael, ser humano, elegante e hipersensible, exquisitamente correcto y educado, que le obligaba a disimular su gran ironía, tuvo ocasión de vivir y con gran conocimiento de causa, la etapa social giennense que se cerró con la guerra civil del treinta y seis y que después viviera hasta sus últimos días. Y no sólo las vivió conscientemente, sino que también las

supo describir y plasmar con prosa particularmente escueta, bella e irrepetible; como a mi me hubiera gustado también describir las mismas vivencias y los mismo aconteceres del pequeño mundo provinciano que hemos vivido.

Ahora, cuando pienso un poco en el pasado, llego a la conclusión de la eterna presencia de Rafael, de su ser y estar discreto en todos los acontecimientos que hayan podido presentársele al giennense como ocasiones de enriquecer el espíritu. Siempre generosa y desinteresadamente dispuesto a prestarle saber y datos a cuantos acudíamos a él.

Ambos colaboramos con Fernando Chueca en su libro sobre Andrés de Vandelvira y su obra. La intervención de Rafael fue decisiva a la hora de esclarecer datos biográficos y autorías del gran maestro del Renacimiento Andaluz. Y creo que fue desde aquella ocasión cuando comprendí, que entre su obra literaria y el realismo de mis dibujos existía afinidad complementaria.

Por ello, cuando comencé en mi tarea de dibujar lo más sobresaliente para mí de esta poco relevante ciudad que es Jaén, inmediatamente acudí a Rafael con fotocopias de los dibujos ya realizados, con la pretensión de obtener para ellos el modesto y corto comentario de un pie literario.

Mi gran sorpresa fueron los hermosos párrafos, bien documentados y compuestos en particular para cada uno de los dibujos. Había recorrido con ellos en la mano, los cincuenta escenarios urbanos y rurales que yo había plasmado, resultando de este modo unas ilustraciones literarias imposible de presentar como no fuese enlazadas al propio dibujo, lo que obligó a un formato de libro nada cómodo.

Así surgió nuestro libro "DIBUJANDO EN JAÉN", tan representativo de nuestra tierra y tan interesante, que no encontró organismo oficial ni particular para lanzar una edición modesta de mil quinientos ejemplares que, al precio de mil cuatrocientas pesetas cada uno de ellos, precisara siete años para agotarse.

El libro, editado por mí y descontados gastos, nos produjo al final unas pesetillas que repartimos a partes iguales como buenos hermanos. A cada ingreso que yo le hacía, seguía su llamada telefónica rogando que fuese el último, ya que le azoraba sacarle provecho económico a su literatura.

Comentando con él aquellas cosas el año pasado, antes de iniciarse su gravedad, me confesó:

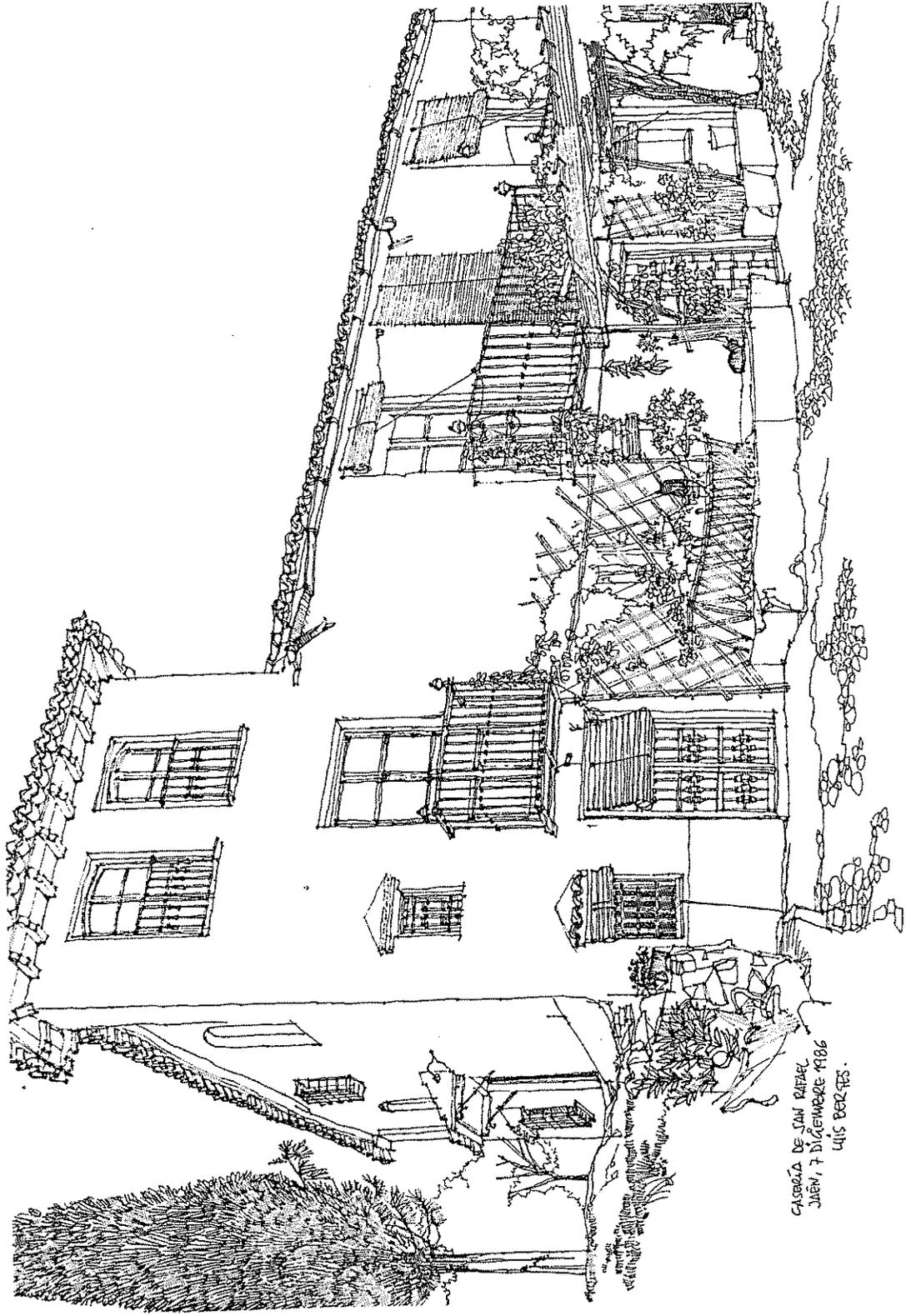
—“¿Sabes que ese dinero nos vino muy bien? Si, porque con él hemos podido comprar una borriquilla para la casería”.

Cualquiera que conociese de Rafael su intenso amor por las caserías de Jaén y por su casería, llegaría a la conclusión que tal ganancia no pudo tener destino tan humilde y a la vez tan delicado, que el que tuvo.

Quizá aquella nueva prueba de su enorme modestia, fue la que me animó a reemprender mi serie de dibujos de las caserías antiguas del término municipal, tratando de documentar una arquitectura urbana que, en la inmensidad del olivar, está desapareciendo lenta e inexorablemente, como ya desaparecieron otros tantos rincones plasmados en las páginas de "DIBUJANDO EN JAÉN".

Tuve el amargo privilegio de ver a Rafael, ya hospitalizado para sus últimos días de vida. Con Pedro Casañas y gracias a un capellán que nos llevara por puertas y pasillos falsos, arribamos a su habitación. El oxígeno lo mantenía con inmejorable aspecto, a pesar de unos pulmones que lo llevaban a la asfixia. Se excusó por que lo viéramos en aquellas condiciones y me dio muchos recuerdos para Taly, mi mujer. Porque así fue Rafael hasta el final.

Unos días más tarde marché a Siria y a Jordania. Creo que supe desde allí el día en que murió Rafael. Fue sin duda alguna aquel día que, desde la ventanilla del autobús y a través de una pista por el desierto, camino de Palmira, de pronto vislumbre a un bíblico pastor, envuelto en su lana negra, a lomos de una borriquilla de tan poca alzada, que casi arrastraba los pies desnudos por la arena. Tras ambos, un enorme rebaño de ovejas negras y largas orejas, levantaban una inmensa polvareda que, como nube de amarillo oro, se levantaba a su paso, gozosa de ser levantada del suelo, para elevarse bajo el rumor de miles de pezuñas, hasta los confines de un hermoso y radiante cielo.



CASERIO DE SAN RAFAEL
JUEVA, 7 DICIEMBRE 1906
LUIS BERGES.

La Casería de San Rafael, de la familia Ortega y Sagrista. (Dibujo de Luis Berges).

SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE PEDRO JIMÉNEZ CAVALLÉ, NUEVO MIEMBRO DE HONOR

Nació en Mancha Real el 2 de Enero de 1942.

Inició los estudios de Bachillerato como alumno libre y, tras aprobar el primer curso ingresó en el Seminario de Jaén, donde formó parte de la Schola Cantorum, dirigida por D. Guillermo Alamo Berzosa.

En mayo de 1960 cuando estudiaba en Granada el primer curso de Magisterio, conoció a Doña Pilar Lustau, profesora del Real Conservatorio Profesional de Música, quien le animó a realizar los estudios de dicho centro.

En junio de 1962 concluye la carrera de piano y, también por las mismas fechas, la de Magisterio.

En Madrid sigue los estudios de Armonía en el Real Conservatorio de Música, con el catedrático D. Angel Arias Macein.

En 1965 ganó las oposiciones a Cátedra de Música de Escuelas Normales, obteniendo la plaza de Jaén; en la que continúa hasta hoy.

Desde 1980 es organizador de los conciertos del Grupo Filarmónico "Andrés Segovia" de Jaén.

Como Consejero Facultativo del Instituto de Estudios Giennenses viene organizando el Concurso Internacional de Piano "Premio Jaén", desde el año 1985.

Aparte de su función docente ha realizado, también, una continúa labor de difusión de la música y músicos de Jaén, a través de conferencias, audiciones, etc.

Ha realizado, asimismo, algunos conciertos de piano y escrito diversas composiciones y arreglos musicales.

Tiene numerosas publicaciones y colaboraciones en varios libros y revistas.

Su constante inquietud musical le ha llevado a realizar importantes investigaciones sobre temas giennenses. Entre ellas, es de destacar el rescate de la obra sinfónica de Ramón Garay, compositor del siglo XVIII en Jaén, y la transcripción de la Sinfonía n.º 5 de este autor que fue estrenada en el XXXIV Festival Internacional de Música y Danza de Granada, en el verano de 1986.

Desde noviembre de 1988 es Hermano Honorario de la Asociación de Amigos de San Antón.

Addenda que se refiere a la CRÓNICA de 1987.

El ratoncillo de la errata, el descuido o el despiste, que tan difícil es de eliminar, se hizo presente en la confección de la CRÓNICA de la pasada Cena Jocosa de 1987.

En vez de insertarse la "Carta del Criado Portugués" correspondiente al dicho año de 1987, pusimos la de 1988.

Así pues y para una mejor constancia y mayor veracidad de cuanto se dice en estas Crónicas, a continuación se reproduce la carta omitida, con el ruego de la disculpa por parte de quienes tan generosamente leen estos papeles.

Dios guarde a Vuestra Merced, a quien presento e manifiesto mis más cumplidos respetos.

Grande satisfacción e contento muestra hoy día mi señor Don Lope, por ser esta Cena de Santa Catalina o Cena Jocosa de 1987, la que vá rezando ya en su número diez.

Platicaba su señoría días pasados, haciendo encomiosa narración de las nueve Cenas ya celebradas, en las que honrado es decir, ha habido grande contento e mucha armonia. Mostraba jubiloso deleitamiento de ver como desta guisa, no se perdía memoria de aquella memorable e ya tan lejana Cena, en que a las once quedó Don Baltasar dormido.

Tiene compromiso e voluntad mi señor, de conformidad con lo propuesto el pasado año, en que esta décima Cena sea ofrecida, como obligado e merecido homenaje, aqúeste gran caballero que es Don Pablo Castillo García-Negrete, Miembro de Honor de la Confraternidad de Amigos de San Antón, como prueba de admiración e reconocimiento a su grande vida de servicio, a su noble e generosa humanidad, como a sus meritorias obras e quehaceres en servicio de la cultura de Jaén.

Así pues, instándole a que haga provision en sus menesteres, para una puntual asistencia e cabal solidaridad en tan justo como merecido homonaje, sepa Vuestra Merced, que tras el toque de ánimas del día que ha de contar veinticuatro del mes de noviembre que vendrá, visperas de Santa Catalina Mártir, Patrona de esta ciudad, tendrá lugar la Cena Jocosa de 1987, en la estancia noble de la Caja de Socorros Ilustración y Recreo -Casino de Artesanos de Jaén-.

Entrégole recado dello, en las visperas del Señor San Lucas, diecisiete días del mes de octubre, del año de gracia del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, del mil novecientos ochenta y siete.

El Criado Portugués

EL PAN DE LAS CENAS JOCOSAS Y EL MOLINO "EL VEREÓN"

Los hermosos panes caseros, panes de dos kilos, que veníamos consumiendo en nuestras Cenas Jocosas o Cenas de Santa Catalina, y que se elaboran especialmente para ellas, proceden de Valdepeñas de Jaén, concretamente de la tahona o panadería aneja al llamado Molino "El Vereón", cuyos propietarios los hermanos Rafael, Manuel y Leticia Sánchez Ansino, lo ofrecen generosa y espontáneamente para este fin.

A nuestra gratitud por tan gentil desprendimiento, que habla por sí de la dadivosidad de la gente valdepeñera, queremos añadir una muy breve reseña de este Molino "El Vereón", que de tiempo inmemorial ha venido molturando para suministro de la industria panadera de la ciudad.

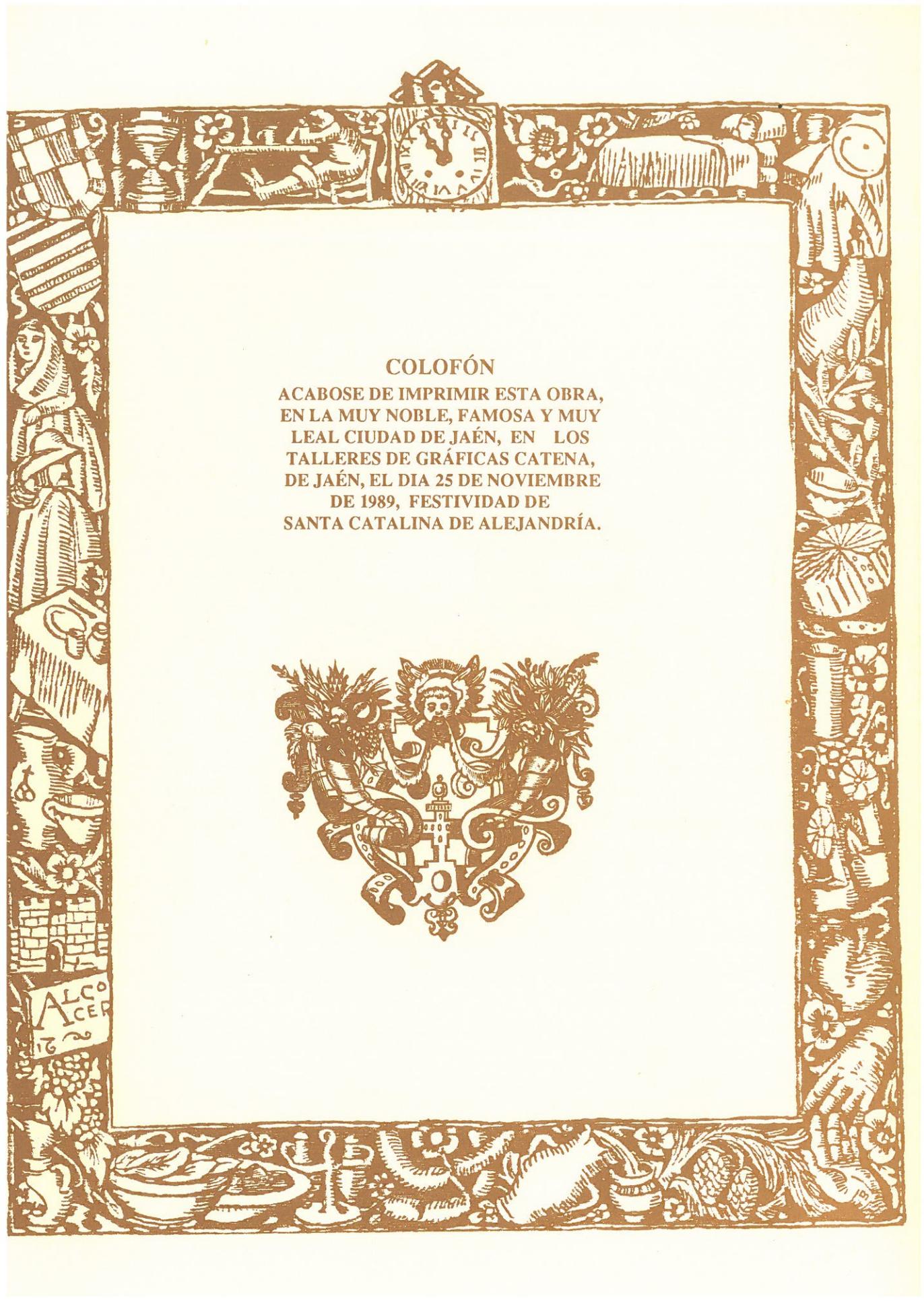
Cuando finalizaba el pasado siglo, el Molino era propiedad de don Ricardo Peñalver, el cual lo cede por herencia a su yerno don Juan Torres López, que lo tiene en explotación durante el primer tercio de este siglo veinte, y en el año de 1933, concretamente en el mes de mayo, lo cede en arrendamiento a don Rafael Sánchez Pulido. Muere este señor en plena guerra civil, año 1938, prosiguiendo con el arrendamiento, a pesar de las dificultades del momento, su viuda doña Rosario Pulido Aguila.

El día veintiocho de agosto de 1940, como consecuencia de una terrible tormenta, quedó arrasada la presa que encauzaba el agua para producir la fuerza motriz, quedando afectado el edificio en buena parte. El dueño, ante la envergadura económica que suponía la reconstrucción, eludió el llevarla a efecto. Sin embargo, la arrendadora, con grandes sacrificios y como pudo, lo puso en funcionamiento aunque en forma precaria.

Este mismo año, el dueño Sr. Torres decide vender el Molino, adquiriéndolo la arrendataria y sus hijos, familia Sánchez Ansino.

A principio de los años cuarenta, se llevó a efecto la reconstrucción de la presa, obra que dirigió don Rafael Martínez, Ingeniero, hijo de Valdepeñas y residente en Madrid. Asimismo, se construyó un muro delante del Molino para protegerlo de posibles avenidas, cuyo muro permanece inalterable en la actualidad.

La panadería aneja al Molino, se trasladó en el año 1970, a la calle José Antonio, 19, de esta ciudad de Valdepeñas de Jaén, lugar donde en estos años y con mimo artesanal, se preparan los apetitosos panes de dos kilos, que son lujo en la mesa de las Cenas Jocosas, que anualmente y en las vísperas de Santa Catalina, celebran los Amigos de San Antón de la ciudad de Jaén.



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LA MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY
LEAL CIUDAD DE JAÉN, EN LOS
TALLERES DE GRÁFICAS CATENA,
DE JAÉN, EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE
DE 1989, FESTIVIDAD DE
SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA.



ALCO
ACER
16

